

TERESA WILMS MONTT

# Lo que no se ha dicho...



SANTIAGO DE CHILE  
EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 272 - Casilla 2298

1922

Lo que no se ha dicho...

TERESA WILMS MONTT

# Lo que no se ha dicho...

Páginas de mi diario.—Con las  
manos juntas.—Los tres cantos.  
—Del diario de Sylvia.—Anuarí.

SANTIAGO - CHILE  
EDITORIAL NASCIMENTO

AHUMADA, 272 - CASILLA 2298

1922

155381

---

ES PROPIEDAD

---

## Teresa Wilms

*Una fuerte dosis de veronal y algunos desesperados días de agonía en el hospital Laennec de París, han sido el epílogo de la existencia arbitraria, hondamente triste, de Teresa Wilms, muerta en flor de juventud y de belleza.*

*Ya descansa con las manos sobre el pecho y los ojos clavados en el cielo, para tranquilidad de los que no cesaron de condenarla, esta extraña criatura, todo amor y capricho, a quien los livianos azares de la vida arrastraron como a una hojita loca, a través de los caminos.*

*Raro espíritu de selección, exaltado por extraña inquietud, no supo ni pudo jamás ajustarse a las normas cotidianas de la doméstica vida vulgar, enemigo reñido de la idealidad y del ensueño. ¡Eterno calibán aquella, Ariel este!*

*El cartabón de la escuela y la existencia del hogar sólo contribuyeron a hostigar el enorme fondo de pasión que dormía en su pecho, robusteciendo, por raro contraste, el par de azules alas que le habían nacido con el despertar de su primavera.*

*Cerca, cuando aun no había vivido mucho de quien hubiera sido conminado por San Pablo entre aquellos que estuvieron lejos del reino del espíritu, fué una víctima de la incomprensión, del egoísmo y hasta de la publicidad, que no vaciló en salpicarla con el cieno de la difamación, a ella, que era también madre, de cuyo seno nacieron dos hijas.*

*Cuando su vida estaba cercada de espinas y malas asechanzas se arrastraban tras la huella perfumada de sus pasos, buscó en vano Teresa la mano buena y el corazón abierto; todas las puertas estaban herméticas y todas las bocas, de las que pudo brotar una palabra de esperanza, estaban selladas, mientras las pupilas frías de los eternos explotadores del decoro, la apuñaleaban con sus reproches. ¿A dónde había huido ¡oh almas cristianas! la palabra*

*dulce que el Nazareno tuvo para Magdalena? Hijos nacidos de implacable entraña ¡cuán negra desgracia llegó a pesar sobre vuestras cabezas, cuando ni el don de la sangre pudo bastar para ungir de perdón una hora de extravío!*

*Felizmente para todas sus heridas sangrantes, la dulce amiga de los que sufren y siempre la esperan trazó la cruz de ceniza sobre su frente y puso en sus labios, entreabiertos, la sal amarga. Ya Teresa duerme bajo la tierra de Francia, muy lejos ¡ah! de los únicos gajos de su carne, que apenas si alcanzaron a saber de sus ternuras de madre. Más allá de los mares, lejos, tan lejos de sus enemigos que la han escarnecido hasta después de muerta, duerme en paz, en humilde rincón, a donde ojalá no lleguen manos aviesas a remover la tierra que florece sobre su cuerpo, porque ella no les pertenece ni siquiera en el recuerdo a cuantos no pudieron amarla porque nunca hubieran recibido el premio de conocerla.*

*Bella de toda belleza, pura de alma porque supo sentir lo que otras mujeres no han sentido, anduvo sola por los anchos caminos del mundo, buscando lo que su corazón no iba a encontrar nunca. En medio de sus angustias sólo la esperanza lejana de sus hijos pudo restañar la sangre de sus heridas, constantemente abiertas,*

*por las cuales se le iba poco a poco la vida en desanimada tristeza.*

*Cuando de todos sus dolores hizo un primer canto, enturbiado de lágrimas, malas bocas insinuaron una sonrisa y, al eco de aquella pura voz armoniosa, respondió la insinuación malévola, el venticello que se filtra por todos los resquicios.*

*Libre de prejuicios, desnuda en su altiva sinceridad, rebelde a todos los convencionalismos, grande entre los pequeños, y solo pequeña ante lo infinito—esas son sus palabras—anduvo aislada en su silencio y en su soledad. Nada esperaba ya cuando la muerte vino a su encuentro para cerrarle los ojos y acallar la voz de su corazón: «Nada tengo, nada dejo, nada pido—le había dicho mientras la aguardaba—Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había. Sufrí y es el único baje que admite la barca que lleva al olvido».*

*Los vientos de la vida habían enmarañado sus cabellos y los guijarros hacían sangrar sus pies desnudos, cansados de correr en busca del nuevo Cristo, en medio de los mercaderes. ¡Ah, la voz de la Imitación, que ella invocó en la hora postrera!: sin camino no se anda, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive. ¡Y ella que tanto anduvo y que llevó siempre el claro espejo en su mano trémula! ¡«Yo no tengo camino, mis pies están heridos de vagar, no conosco*



*la verdad y he sufrido, nadie me ama y vivo»!*

*Las siete espadas de los siete pecados atravesaron su pecho y, nueva Magdalena sin un nuevo Cristo, bañó con sus lágrimas el recuerdo de Jesús: «Bienvenido Jesús, bello amado de tantas. Brindo por tus ojos divinos, por tu amor. Magdalena de este siglo, enjugo tus aromados pies con las ropas de mis pecados empapadas en champaña».*

*En la hora más amarga de su desencanto y cuando ya su hermoso cuerpo comenzaba a ensayar el pesado acomodo de la muerte, pudo escribir: «Vacía está mi mente y ¡he pensado tanto! Hueco mi corazón y ¡he querido tanto! Errante y siempre errante mi espíritu que ha vagado tanto. ¡Soy el genio de la nada!»*

*Una hora de escepticismo desesperado logró arrancar este grito de cruel desesperanza a quien escondía un fondo inexplorado de ternura. Porque toda la vida de Teresa no fué más que una acción vengativa contra el destino implacable, que la arrebató para sus amores de mujer y para su inextinguible amor de madre. Mordida por todas las amarguras, agonizante en su desencanto de las cosas y de la vida, solía resucitar para la alegría cuando pensaba en sus hijos, que el amor sin entrañas arrancaba de su lado para asesinarla poco a poco, con la peor alevosía de la más refinada crueldad.*

*Sus libros son el más fiel espejo del hastío de su vida desolada, rota en hora temprana, por mano torpe, como el fino cristal. En sus páginas está la historia de su alma desnuda, limpia y radiante como una estrella; alma desolada de mujer que encontró su cruz en cada camino; que tuvo sed y no pudo beber; que soñó con amar tanto y tuvo el amor siempre distante; que fué esposa y madre, sin lecho y sin cuna.*

*De oro eran sus cabellos y sus pupilas suaves tenían la clara transparencia de las aguas lustrales. Fina y rubia como una espiga madura, recibió el milagroso don de todas las gracias. Era la flor de su sonrisa como el aliento interior que iluminaba el alabastro de su rostro impoluto. ¡Cuán dulce y penetrante la suave expresión de belleza que irradiaba su presencia! Frágil y extraña, inquieta y caprichosa, se fué a medir los caminos del mundo, mordida de temprana melancolía, huyendo de los implacables enemigos de su corazón.*

*Un silencio triste, hecho de desesperanza y de olvido, fué apagando lentamente su ánimo, hasta que una mañana golpeó a la puerta del eterno misterio, tras la cual aguarda la postrer esperanza a todos los que buscan el último consuelo.*

*Lejos de su tierra, a la que la vinculaba la tragedia de su vida, se fué para siempre una*

mañana y, tras el recuerdo de su existencia atormentada, queda el eco personalísimo y torturado de sus libros: pequeños volúmenes en las cuales fué exprimiendo gota a gota su corazón. La propia inquietud de su existencia malogró acaso la intensidad de su obra, apenas esbozada en los fragmentos dolientes de su prosa. La nerviosidad de su vida impuso a su producción literaria un carácter demasiado liviano para objetivar en sentimientos generales el chisporroteo de su cantilena personalísima. Sus tres primeras obras no son más que una queja repetida en la misma cuerda; el soliloquio monacorde de una alma enferma de tristeza, ahogada por la melancolía que le infundió la muerte irreparable de un amor único. Pudo Teresa extraer de ese dolor una creación grande, como *Werther* o *Adolfo* llegaron a conmover con la confesión de sus vidas desgarradas, pero le faltó la serenidad necesaria para abandonar y libertarse un instante del pequeño dominio de sus emociones íntimas.

Cabría decir de Teresa Wilms que, con su muerte, se ha malogrado la fundada esperanza de su obra futura: obsedida por los dolores inmediatos, que ahogaron su ánimo en un mar de angustias, sólo atinó a ensayar una queja demasiado suya para revestir el atractivo de lo literario, que hubiera podido salvar una imaginación muy rica o un artista muy avezado en

*los recursos del estilo y de la inventiva. Sus libros iniciales sólo constituyen un esbozo, fugaz como su caprichosa vida malograda por prematuros dolores.*

*De todas sus páginas se podría realizar la delicada pequeña selección de un relicario, en cuyo secreto se conservase la esencia misma de su vida y de su alma de artista, que el dolor hirió de muerte para arrancarle un canto.*

*He aquí la voz de su espíritu enfermo, el eco íntimo de su obra, arrancado, como un manojo de rosas, al rosal efímero de su producción juvenil. Dice Teresa:*

*«Vuelve a la tibia cuna de mis brazos, donde te cantaré hasta convertirme en una sola nota que encierre tu nombre..... Y cuando el sol derrocha diamantes sobre el mundo, entonces te aspiro en todas las flores, te veo en todos los árboles, y te poseo rodando, ébria de amor, en los céspedes de yerbas olorosas.... Las horas caen como goteras de plomo en un páramo; se van a tu encuentro, y yo me quedo; me quedo sombría, taciturna, envuelta en el negro hastío, como en una malla de hierro;.... Llueve afuera y por la chimenea caen gruesas gotas, negras de tisne. ¿Es que se deshace la noche?.... La sombra tiene un oído con un tubo largo, que lleva mensaje a través de la eternidad y ese oído me ausculta ahí, detrás del noveno espejo.... Tras de los cristales el alba alisa sus cabellos....»*

*¿Qué mejor corona podrá ceñir el recuerdo de esta mujer, que pasó a través de la vida como una sombra, dejando tras la huella de sus pasos el eco triste de su existencia cansada, siempre errante y doliente?*

*Sus amigos argentinos y los redactores de la revista «Nosotros» recibieron las últimas páginas escritas por Theresa, que son la de su Diario, recordando con ello a la ciudad amable en que se publicaron todos los libros de la original escritora chilena.*

# LO QUE NO SE HA DICHO . . .

## Páginas de diario

**E**STE es mi diario.

En sus páginas se esponja la ancha flor de la muerte diluyéndose en savia ultraterrena y abre el loto del amor, con la magia de una extraña pupila clara frente a los horizontes.

Es mi diario. Soy yo desconcertantemente desnuda, rebelde contra todo lo establecido, grande entre lo pequeño, pequeña ante el infinito...

Soy yo...

TERESA DE LA †.

---

Miro mi faz sobre la charca podrida y ella me devuelve el reflejo tan puro como el más nítido espejo.

A pesar de que en mi alma se albergan lastimeras cuitas se ilumina mi rostro al reír, como encendido al rescoldo de una santa alegría.

Maldigo y es de tal manera armónico el gesto de mis brazos en su apóstrofe dolorido, que diríase que ellos se levantan a impulsos sos de una fuerza extraña, para ofrendar sus preces en una bendición al Omnipotente.

Miserable lloro, retorciendo mis angustias como a sierpes que quisiera aniquilar, pero en mi camino se detiene a tiempo un santo, un bondadoso, un sencillo y enjugando mis ojos me dice:—¡Qué buena eres! Lloro, que esta agua que vierte el alma endurecida, bendita es, la recoge Él, que está más alto— y señala los espacios.

No puedo ser mala, no; la bondad me sale al encuentro. Paréceme que el mismo mal se hubiese vestido de gala para desgarrarme el corazón.

Quiero que en sabia esencia, la Paz descienda sobre mí y anegue generosa en frescura mi interior carcomido.

¡Oh siglo agonizante de humanas vanidades! He cultivado un pedazo de terreno fecundo, donde puedes desparramar las primeras simientes destinadas a la Tierra Prometida.

## Alta mar.

De tanta angustia que me roe, guardo un silencio que se unifica a la entraña del océano.

En la noche cuando los hombres duermen, mis ojos haciendo tríptico con el farol del palo mayor, velan con el fervor de un lampadario ante la inmensidad del universo.

El austro sopla trayendo a los muertos cuyas sombras húmedas de sal acarician mi cabellera desordenada.

Agonizando vivo y el mar está a mis pies y el firmamento coronando mis sienes.

## Londres, Septiembre 191 . . .

A un costado de mi cama, en la pared, hay tres manchas de tinta.

La primera repartida en puntitos parece una estrella doble, la segunda se abre más abajo; en minúscula mano de ébano, la última perfectamente recortada tomó la forma de un as de piqué.

Resbalo sobre ellas mis dedos, con sensibilidad de nervio visual, y siento que esas tres manchas están de relieve dentro de mi cerebro como obstáculo para el fácil rodar de las ideas.

Hay tres, digo, tratando de sí atraerse; tres,



digo mirando al techo: el amor, el dolor y la muerte.

Sin saber por qué paréceme que he pronunciado algo grave, algo que recogió en su bolsa sin fondo la fatalidad.

Aunque borre las manchas de la pared, esos tres puntos negros quedarán estampados dentro de mi cerebro.

En la efervescencia de la sangre que bulle, cuando la sorba la Absurda, harán remolino vertiginosamente las tres, en la copa pulida del cráneo.

Un temblor nervioso tira hacia abajo la comisura de mis labios.

Cada vez más espesa la pintura de la noche embadurna los cuadros de la ventana.

## **Londres.**

Noche sin astros, sin cantos.

Extrañas letanías desgranán de sus bocas nebulosas los campanarios.

El *spleen* envuelto en sus harapos de humo, agoniza junto a las llamas de la chimenea.

Palabras de otro siglo en una lengua muerta musita en el oído mi corazón, escarbando con su punta en forma de uña en las estopas de la almohada.

Los fantasmas de la historia trágica izan en la Torre de Londres su pabellón de ahorcados.

**Londres.**

Tras de los cristales el alba alisa sus cabellos blancos.

Ella despierta.

Junto al espejo yo meso los míos rubios.

Yo he dormido, he soñado sollozando.

Ella es eterna y yo triste y triste somos aquellos que no hemos nacido de los dioses.

**Londres.**

Sólo en una actitud puedo descansar de la ardua tarea de vivir, tenderme en la cama los días y los días, pensar con la nuca apoyada en los brazos. Escarbar en mi cerebro con la tenacidad de un loco buscando fondo al insondable abismo en el cual estoy dando vueltas desorientada.

Oh más allá, ¿existe?

Teosofía, filosofía, ciencia, ¿que hay de verdad en tus teorías?

Morir después de haber sentido todo y no ser nada.

Me dan ganas de reír y río con la frialdad de los polos.

¡Ah vida, no ser, no ser...!

Liverpool, Hotel Adelphi, Octubre 16,  
1919, 3½ madrugada.

No he podido dormir. A la una de la madrugada cuando iba a entregarme al sueño, me dí cuenta que estaba rodeada de espejos.

Encendí la lámpara y los conté. Son nueve.

Recogida, haciéndome pequeña contra el lado de la pared, traté de desaparecer en la enorme cama.

Llueve afuera y por la chimenea caen gruesas gotas, negras de tizne. ¿Es que se deshace la noche?

No tengo miedo, hace mucho tiempo que no experimento esa sensación.

Me impone el viento que hace piruetas silbando, colgado de las ventanas.

No podría explicarlo, pero aquí, en este momento, hay alguien que no veo y que respira en mi propio pecho.

¿Qué es eso?

Bajo, muy bajo, me digo aquello que hiela pero que no debo estampar en estas páginas.

La sombra tiene un oído con un tubo largo, que lleva mensajes a través de la eternidad y ese oído me ausculta ahí, tras del noveno espejo.

**Liverpool.**

Amo lo que nunca fué creado, aquello que dejó Dios tras los telones del mundo.

Amo aquel hombre incompleto, de un solo ojo en la frente, cuyos reflejos son turbios reflejos de luna sobre aguas estancadas.

A ese hombre le quedó más fuerza en el cerebro.

Hay en él más arcilla en bruto, también un poco de perversidad del Divino.

Amo a aquel hombre que nunca fué y que me aguarda apoyado tras del bastidor Sabat.

**Madrid, Diciembre 24, 191. . 4½ a. m.**

Con desgarbo levanto mi copa frente al cielo opaco.

Bienvenido Jesús, bello amado de tantas.

Brindo por tus ojos divinos, por tu amor. Magdalena de este siglo, enjugo tus aromados pies con la ropa de mis pecados empapadas en champaña.

**Madrid 1920.**

No deseo el amor, ni el oro.

Mi alcoba pequeña es cofre de soledad.

Sobre la cama extiende su flexible manto la muerte.

En el brasero rebrillan un montón de astros,

Gloria y sueño también los tengo.

**Madrid.**

Vacía está mi mente y ¡he pensado tanto!  
Hueco mi corazón y ¡he querido tanto!  
Errante y siempre errante mi espíritu que  
ha vagado tanto.  
¡Soy el genio de la nada!

**Madrid.**

Mi sangre diez veces noble, santa y estulta  
por los alambiques que ha cruzado, sufre ahora  
la transformación en un crisol sidéreo. Lo  
que nunca deseo, desea; lo que jamás extraño  
extraña.

De noble, santa y estulta se ha vuelto fiera,  
histérica y grave. ¡Oh sangre mía que fuiste  
azul y hoy roja luces! Roja de infierno, de pe-  
cado, de revolución.

Este siglo está caduco, sangre mía.

¿Quieres que te vacie sobre el seno de la  
tierra?

**Madrid.**

¡Me muero! Al decirlo no experimento emo-  
ción alguna, por el contrario, me inclino curio-  
samente a contemplar el hecho como si se  
tratase de un desconocido.

Si tuviera la capacidad de estudiar el fenó-

meno, podría asegurar que es mi conciencia la que ha desaparecido debilitando mis sensaciones corporales, hasta hacerme creer que el cuerpo sólo vive por recuerdo.

No hay médico en el mundo que diagnostique mi mal; histeria, dicen unos, otros hiperestesia. Palabras, palabras, ellas abundan en la ciencia.

Al escribir estas páginas una fuerza sobrenatural me ordena que imprima en ellas un nombre. ¡No, no lo diré, me da miedo!

Cuando aparece este nombre en mi círculo nebuloso, se levantan mis manos con lentitud profética y fulguran bajo la noche con estremecimientos sagrados.

¿Me muero estando ya muerta, o será mi vida muerte eterna...?

**Marzo, 1920.**

Monótona cadencia lleva tu canción, ¡oh vida!, ella adormece la exaltación del deseo de muerte. Silencio, hondo silencio extiende su cristal opaco dentro del alma, bajo él yace una pasión ahogada.

¿Por qué aliento si ya no da luz en mi vida la risa, única causa de vida?

Dentro del tubo sonoro de un órgano quisiera encerrarme y cantar en su sonido el «de profundis».

¡Oh, cómo desgranaría el cielo sus círculos de cristal rebañando la tierra de su frescura! Y sacudiría imponente el extendido abanico negro sobre el orbe el ave de los augurios. Inauditas ondas de mágicos reflejos nacerían en el mar para besar el brazo ambarino del horizonte.

Lentamente vendría la noche...

La colcha azul, cobertor de mi cama de hospedaje, es campo de luna cuando la noche de los tristes tiende sobre mi cuerpo su mortaja.

El arisco gato negro, habitante expatriado de Saturno, deja su maullido sonoro tras de mi puerta cerrada.

Largos puntos de exclamación pinta la sombra sobre los barrotes de las sillas y en sus asientos aguarda Aquél, Aquél y su sombra que nunca nos encontrará.

¿Po qué me espera; cuál es mi falta; cuál es la maldad de los que hemos nacido quintaesenciados?

Allí me aguarda el que no me encontrará. Los puntos de exclamación se han encorvado sobre su espalda, interrogan...

El reloj extiende sus brazos negros de polo a polo.

Las doce, las seis, y entre ellos sonríe el tiempo mostrando sus dientes gastados con la sonrisa esférica de los astros muertos.

El reloj es para nuestros espíritus resignados como la noria a la mula domesticada. Es nuestro punto de partida y de llegada.

Por eso los artistas adoramos la noche, porque en ella olvidamos los brazos negros que nos señalan la ruta del mundo y nos dicen: «vives».

### Madrid.

«Sin camino no se anda, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive.»

¡Yo no tengo camino, mis pies están heridos de vagar, no conozco la verdad y he sufrido, nadie me ama y vivo!

¡Oh Kempis! qué mal has penetrado el enigma del vivir.

Predica en tu reino de elegidos.

Abandona a los hombres con sus espantosos misterios indescifrables.

### Madrid.

Gota tras gota de un bloque de nieve que se deshace al calor de un fuego lento, dejo en las páginas que escribo a diario, sangre de mi vida. ¡Me muero! ¿Estoy muerta ya?

Extraño mal que me roe, sin herir el cuerpo va cavando subterráneos en el interior con garra imperceptible y suave.



¡Me muero!

¿De qué?

Hace ya cuatro meses que ajena al mundo me he encerrado en el aro del misterio y éste se estrecha por momentos a mi cuello cubriéndome de luz la cabeza y de noche el corazón.

### Fin

Me siento mal físicamente. Nunca he tributado a mi cuerpo el honor de tomar su vida en serio, por consiguiente no he de lamentar el que ella me abandone.

Vida, sonriendo de tu tristeza me duermo y de tus celos de madre adoptiva. En tus ojos profundos ha rebrillado inconfundible la iniciación de mi ser astral.

Sólo una vez más se filtrará mi espíritu por tus alambiques de arcilla.

Vida, fuiste regia, en el rudo hueco de tu seno me abrigaste como al mar y, como a él tempestades me diste y belleza.

Nada tengo, nada deajo, nada pido. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había.

Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido

CON LAS MANOS JUNTAS

## Con las manos juntas

(Para mi madre que duerme en Chile el dulce sueño de paz estas páginas de dulzura y de arrepentimiento. Fervorosamente).

---

**MADRE:** ¿es verdad que me has perdonado? Desde que te fuiste yo he implorado con toda mi alma tu espectro, he llorado al silencio, voz de la nada, para que regale mi oído con aquella dulce palabra de alivio.

Mi cabeza hundida en meditación ha profundizado todas las ingratitudes, todas las veleidades y ha surgido luminosa con un ¡sí! de verdad.

¡Oh, sí, me has perdonado! Así como abrió tu vientre para darme a la luz ¿cómo no abriría gustoso tu corazón para dar consuelo a la hija dolorida, errante, huérfana de todo y de todos?

Madre: perdonar es la suprema felicidad de una alma que deja este mundo para ir a otro, donde no hay pasiones, donde el último aliento quiere disolverse de un grandioso anhelo de bondad.

En mis largas noches de tristeza, te he visto en el lecho de muerte. Tus ojos brillantes, cansados de sufrir y meditar, tenían la omnipotencia de las lámparas sagradas que se apagan. Mis hermanas rodeaban tu lecho, desgarrados sus corazones de madre, al ver partir eternamente a la madre tan joven, que apenas si pudo ser abuela.

Madre: veo también a mis hijas, a mis dos ángeles adorados, mirarte, graves, con los ojos extáticos, sintiendo en sus almas infantiles la raíz de aquel dolor, que al nacer de mí heredaron.

Todas estaban contigo... ¡Pero tú estabas sola! Mi ausencia en ese momento debió serte toda una vida, porque al cerrar los ojos, se ve el camino de las almas, y tú, en una larga mirada, viste la senda por mí recorrida. Debiste sufrir, madre mía, y en ofrenda a esa angustia tuya, lloro estas lágrimas tan lejos de tu

fosa, ya que el destino inclemente me niega hasta la dulzura de llorarte cerca.

Debió estremecer tus huesos, el escalofrío que hiela más que la muerte.

Pero no, no estabas sola; en aquel momento enorme de cerrar los ojos, tenías mi alma a tu lado. Ella llegó con la valentía de su timidez, y blandamente, imprimió en tus ojos el beso que imploraba y te daba el perdón.

Y ahora, con las manos juntas vueltas hacia el cielo, vive adorando tu recuerdo la hija que fervorosamente te reconquistó en la muerte.

Te fuiste y dejaste bendita la tierra que has pisado.

Ahora, tu huella será mi rumbo.

LOS TRES CANTOS

## Los tres cantos

### LA MAÑANA

**C**ANTA, alma mía; canta a la mañana!

¡Canta con los pájaros, con los árboles, las flores y las aguas! ¡Canta con el viento y la montaña, con el bosque y el llano encendido por el sol, que se te ofrece como un ánfora de oro desbordante de vida!

¡Canta, alma mía, con el grillo maravillado de luz, que mora en la corteza de los pinos y con la abeja ebria de perfume; canta con el águila solitaria en la cúspide de las rocas y con la hormiga laboriosa en las cavidades de la tierra!

¡Canta con la mariposa de alas inquietas como párpados de niño, y con el sapito verde desde su trono de nenúfares en el espejo del estanque!

¡Canta con la res fecundada y la miés madura; con los frutos rosados, que se abren como labios jóvenes; canta con el tierno corderito de la majada y la madre feliz que lo ha parido!

¡Canta, alma mía, canta con el alma gemela; con la buena alma hermana que vibra, llora, y ríe en un solo impulso contigo!

¡Canta con el candor alegre de la franca sonrisa y con la mirada clara que refleja la serenidad de su dulce sentir!

¡Canta, alma mía, y tiende tus brazos al amor que llega desalado a refugiarse en tu seno; dale abrigo, alma mía, y estimula su creciente vigor!

¡Canta con las lágrimas de dicha que tiemblan y resbalan como gotas de rocío sobre los pétalos, y con el beso que se insinúa temeroso, recorriendo los velos del corazón para dar paso a una plena aurora de amor!

¡Canta, canta, con la vida, con las pasiones de fuego, con los deleites sanos; canta con la suprema gloria de los espasmos compartidos, y con las languideces que ponen en los ojos tonos de atardecer!

¡Canta, alma mía, y comunica a las cosas pasivas tu fuego; entrégales tu esencia, crea



mundos, prodiga bellezas y bondades, hasta erigir un trono a la casta verdad!

¡Canta y atraviesa los espacios con tu voz musical e impón silencio a los pájaros para que escuchen la palabra del hombre sabio y fecundo!

¡Canta, alma mía, canta y bébete de un sorbo el néctar de la mañana; canta, alma mía, mientras el cielo azul y la campiña sean para ti una bacanal con cuya belleza puedas embriagarte!

¡Canta, alma mía, canta antes que cierre la noche y aúlle el lobo salvaje en la montaña!

## EL CREPÚSCULO

**R**EZA, alma mía, reza!...

¡Reza con la tarde moribunda, con la campana del claustro lejano que despañrama por los aires su quejido de metal!

¡Reza con la oveja descarriada y con los árboles fervorosos, que inclinan hacia el lago sus copas sombrías!

¡Reza, alma mía, con el pájaro sin nido y con la pupila ciega del pozo abandonado!

Reza; reza con el camello exangüe en las arenas del desierto y con el león herido en las selvas; reza con los campos devastados y las espigas sin grano!

¡Reza con el duelo del abismo y con la hoja desprendida!

¡Reza con la carreta sin ruedas, abandonada en la mitad del camino, y con la derruida cabaña que, como alma del paisaje, quedó aguardando al hombre!

¡Reza; reza, alma mía, con el huérfano y con el viejo mendigo; reza con las flores que recogen sus pétalos para morir, y con el sol que llorando oro va a esconderse en la montaña!

¡Reza, que en el horizonte se ciñe un anuncio de sangre y las nubes cargadas de odio van a encontrarse con la desgracia; reza y arrodíllate, alma mía, pide para que la paz reine entre los hombres y los elementos; que todos unidos por un mismo esfuerzo vayan serenos hacia el fin de las cosas y renazcan con mayor vigor y sabiduría!

¡Reza con los seres anónimos que dan sus energías y bondades sin pedir retribución ni honores, con el tembloroso anciano que inclina hacia la tierra su cabeza llevando en ella un espíritu primaveral!

¡Reza; reza, alma mía, con la pobre enamorada que para siempre vió dormirse en sus brazos al amado, reza con ella, que tuvo la feroz realidad de sentir impotente el poder de sus besos y de su amor para volverle el calor de la vida!

¡Reza con los corazones desgarrados que aullan de dolor a las sombras y tienen que reír con la luz del sol!

¡Reza; reza, alma mía, toca el polvo con tus sienas pensativas, conjura los malos augurios, alivia las amarguras y da tu esencia por las nobles y buenas causas!

¡Reza, que es la hora de los presagios, de las apariciones tétricas; la hora en que nace el destino de los hombres!

¡Reza contrita, alma mía; que llega el dolor!

Se va el sol, y de alas de mariposas muertas nacen flores para las tumbas.

Se va el sol. Desconsolada llega la noche, trayendo en su regazo el cadáver del día, pálido, frío, exangüe... Sañuda, la felina loba acecha a los corderillos, afilándose los dientes en la corteza de los añosos árboles, martirizando las hojas con sus feroces garras.

Se va el sol, y una música alejada de vientos y de cascadas lo acompaña hasta la montaña.

Los insectos rumorosos corren de un lado a otro, escondiéndose entre las malezas, evitando el último rayo del astro de oro.

Se va el sol. Las penas rondan el mundo con caras hambrientas buscando corazones para devorar.

Se va el sol, y la sonrisa del moribundo se está grabando en la indeleble piedra de la inmortalidad.

Se va el sol y el alma mía tiembla de pavor en las tinieblas.

---

¡Naturaleza! El hermoso rostro de él se vuelve mustio y, como los cirios que se apagan, inclina su lánguida cabeza.

La voz, su alegre voz, se atenúa; ruedan las palabras y un eco cavernoso responde en el misterio.

Sus ojos, que guardan el encanto, la causa de mi vida, se entrecierran sin brillo y como luceros tristes me miran hondo, despidiéndose.

¡Naturaleza! ¿Pretendes, acaso, negar tu apoyo a esa grande alma y dejar que se precipite en el caos como una sombra?

Te cantaré; madre mía, te imploraré; prostrada besaré la tierra en prueba de humildad.

Dejaré que los hombres me miren con desprecio; aceptaré la mordedura de las víboras y el azote de sus viscosos miembros sobre mis espaldas.

Recibiré con gusto el castigo de los vientos helados que me penetrarán hasta la médula y que harán su guarida en mi cerebro.

Pediré a los rayos y a los truenos que sobre mi frente descarguen su furor.

Con llena voz imploraré al mar para que me envuelva en sus iracundas olas, y me haga libar hasta las heces su amargor.

Dejaré que el sol se ensañe con mi cuerpo y lo carbonice; seré resignado combustible para las llamas aviesas.

Renunciaré a mi conciencia, y seré bestia

---

humilde, con los ojos vueltos hacia la tierra,  
en espera de horrendos martirios.

Seré un ente, una cosa, una brizna; pero de-  
ja que él viva, que él respire, que reciba la  
bendición augusta de todo lo que tú encierras,  
¡Naturaleza excelsa!

---

## LA NOCHE

**L**LORA, alma mía, llora!

¡Llora con la noche desolada, llora con sus estrellas que son rutilantes lágrimas cristalinas de misterio! ¡Llora con la negra serenidad del paisaje y las heladas rocas en el horizonte esfumado; llora con el ave agorera en el enredo de los cipreses, y con la sierpe desencantada en el hueco de las montañas!

¡Llora, alma mía, con la angustia de los muertos olvidados, y con los restos náufragos donde habitó la vida!

¡Llora con el puente inservible, que sume en el agua la mitad de su cuerpo, y con la belleza tétrica de las estatuas mutiladas!

¡Llora, alma mía, con el mar bravío, que

emociona al cielo con su rugir salvaje, y llora con la cuna vacía!

¡Llora con el éxtasis de los lagos turbios y con la mirada yerta de la lámpara apagada!

¡Llora con el alud de nieve que purifica el llano y hace al hombre más bueno!

¡Llora con el paria, y con la mujer repudiada en su lecho de hospital!

¡Llora, alma mía, llora con la madre a quien la brutalidad del hombre arrancó sus hijos y la ha dejado sola en medio de la vida!

¡Llora, alma mía, con los que no tienen consuelo, que, como muertos con alma, no aguardan nada ni a nadie esperan!

¡Llora, que tu destino es el llanto!

¡Noche hermana! Pupila inconsolable que de tanto llorar has quedado ciega.

¡Oh, noche! Niobe del orbe. En tus brazos encuentro el sitio propicio para hundir mi cabeza henchida de sollozos. En tus sombras sigo yo, paso a paso, el destino de mi espíritu errante.

¡Oh, noche! Si de llorar te volviste sombría, las lágrimas que derramaste, piadosas de tu tristeza, se volvieron estrellas para iluminarte; pero las mías, ¡noche!, son como goterones de lava que van surcando mis ojeras y cavando lentamente la tumba de mis ilusiones.

En tu lobreguez despótica de reina inconsolable, encuentro un sentimiento hermano; y



es ahí, en el terciopelo de la vestidura que arrastras, donde quisiera envolverme como en un cendal y quedarme dormida. Sí, quedarme dormida ¡oh, noche! cantando una canción de cuna, meciendo en mi alma a las dos criaturas que me arrancó la vida; cantando en mi alma al amor que me arrancó la muerte.

---

Madre de los vivos y de los muertos, ¡oh, Naturaleza.

Cuida del dormido que sepultó en tus brazos su alma joven. Evita que los gusanos perforen sus ojos, que fueron astros de amor, y cuida de su boca tersa donde sonreía la vida; que en su rostro, con carnes de topacio, no se enseñoree la muerte y lo ponga lívido; cuida ¡oh, Naturaleza! para que un rayo de sol sea su eterno cirio y, atravesando las entrañas de la tierra, llegue a acariciarlo como una dicha; cuida que su cuerpo permanezca bello, que la negrura del misterio no maltrate su morbidez; que sus manos, nidos de caricias y energías, queden frescas como tus plantas y tus flores; cuida de que sus pies, que siempre anduvieron de prisa en busca del bien, sean respetados como dos queridas reliquias, y cuida de su corazón, que fué el cofre donde encerró la vida la esencia de su belleza.

¡Naturaleza, mi Dios! De rodillas, junto a

esta tumba amada, te imploro como una hija en agonía a su madre cariñosa. ¡Cuida de él! Cuida del que me dió la sensación de aurora en el frío ocaso de mi tristeza; cuida y no lo maltrates; en cambio toma de mí la juventud para alimento de tus roedores necropófagos, y la sangre de mis arterias, para que se embriaguen como en un rojo vino de olvido.

¡Naturaleza! Por el ruido de tu mar preferí el rugir de las pasiones; por la paz de tu llanura y la ondulación de tus montañas, las tortuosas inquietudes y las alturas de la farsa humana.

Troqué el canto de sus aves por las palabras halagadoras y engañosas, y por la luz de tu sol, los fuegos fatuos del siglo, que me hicieron caminar como una sonámbula errante.

¡Perdón, madre de mi juventud! Ahora, que llego a echarme en tu tierra, cansada de luchar, con los ojos ciegos por el llanto; ahora, que mi alma es un pájaro herido y sin alas vengo a implorarte que me recojas en tu seno.

Ven, muerte luminosa. Con santa piedad cierra mis párpados quemantes; sella mi boca para que cese de imprecicar; purifícala, como a Isaías el leño encendido; calma la fatiga de mi cuerpo, y con tu bálsamo de nieve alivia el dolor de mis pies mutilados.

Ven, muerte, y dame el supremo abrazo que hace majestuosa a la criatura miserable.

Ven, muerte, a libertar mi cuerpo de su yugo espiritual.

Quiero volver a la tierra, confundirme con el polvo, fecundar sus entrañas con mi sangre, y sentir sobre mi piel su noble caricia perfumada.

Quiero que penetre en mis huesos el agua de los ríos, para que a ellos lleguen a refrescarse los gusanos.

He de ser la hierba humilde que embellece los campos, y la piedra donde reposa su cabeza el exhausto peregrino.

He de ser manantial donde vaya a apagar la sed el rebaño y donde se miren las nubes blancas, que van de prisa.

Mis brazos se levantarán, como gajos florecidos a bendecir el azul; mis piernas serán dos sólidas columnas que servirán de apoyo a las flores trepadoras; y mi cabeza, todavía gloriosa de pensamiento, se erguirá en forma de laurel que brinde ilusión y dulzura a las almas solitarias.

¡Ven, muerte!

Ansío sentir en las llagas del pecado la santidad de la tierra que me cubra. Que mis ojos cansados de mirar horrores se diluyan en lágrimas eternas.

¡Ven, muerte, acúname en tus huesudos brazos; dadme el beso del olvido!

---

ritu, y es con ellos que él comparte sus graves ternuras.

Es con ellos que se siente fuerte, y es a ellos a quienes se entrega sin recelos, blandamente, como un devoto a su Dios.

Muertos míos; sublimes amados. Viviré entre vosotros; seré un dormido caprichoso sin sueño de hielo, pero con su glacial reposo.

Seré la madrecita de todos, que llegue cargados los brazos de flores, de esas flores que vosotros no podéis coger con vuestros rígidos dedos.

Seré la novia casta que os dé toda la intensidad de su virgen dolor entre lápidas y piedras.

Seré vuestro día, vuestro sol, vuestra noche de luna. ¡Oh, muertos míos! Nadie vendrá a disputarme este privilegio; los vivos tienen tanto por qué olvidaros en su lucha por los honores.

Ellos no saben que en vuestro país se halla la clave del enigma.

¡Muertos míos, muertos míos! Las ondas de mi mar interior se llenan, preñadas de dulzuras al borde de vuestros lechos.

Soy buena, soy buena. ¡Benditos vosotros, que habéis hecho que yo me encontrara!

Bendito tú que me has purificado con tu muerte.

Buscando la luz llegué hasta las tinieblas y allí la encontré; la encontré entre húmedas tumbas y sarcófagos, entre maderas podridas y agujereados plomos.

Me guió en el camino un grimillón de hormigas que en ordenada fila hacían sus paseos subterráneos, cargadas de hojitas y pétalos, que caen como migajas de un festín de recuerdo a los pies de los muertos.

Allí encontré la luz, la verdad y el amor.

El cielo se hace más frágil en el país de los dormidos; tiene tonalidades nacaradas que se ofrecen con humilde suavidad a las fosas, y en el sol hay menos deseo de irradiación, más pulcritud en su oro que en los campos, donde vuelve brillante, como llamas avivadas por el viento, a las espigas maduras.

He escuchado la conversación de los que se fueron, que es un murmullo caricioso; y tengo envidia. ¡Hay tanta belleza en la sencillez y el frío!

Cada muerto es un bloque de nieve inmaculada que esparce su blanca serenidad como una hostia excelsa de perdón y olvido.

Cada muerto es una bondad honda, inmutable.

Cada muerto es un ejemplo de muda abnegación.

Allá, entre los muertos, encuentro mi espí-

DEL DIARIO DE SYLVIA

(Apuntes para una novela)

## Del Diario de Sylvia

(Apuntes para una Novela)

### MI TEMPLO

En el altar de mi Templo hay tres retratos, muchas flores marchitas, unos zapatitos de niño y un libro cerrado.

En el altar de mi Templo hay una campana ronca que va señalando a mis pasos la eternidad; y un cofre de madera oscura donde encontró su lecho mi corazón.

En el altar de mi Templo hay tres nombres grabados, que son un suave milagro, que aflojan mis dedos apretados por la ira de un gesto

de dádiva, que destierran de mi labio la maldición y hacen que una serena indulgencia consuele a los hombres en su miserable lucha por la vida.

En la cúspide de mi Templo están unidos en estrecho abrazo el Perdón y la Muerte.

## I

**F**ORMANDO un cono gris uniforme, se levanta sobre el verde inquietante del mar una roca solitaria. Su picacho agreste, impenetrable y rígido, parece muñón petrificado que en soberbio ademán quedó maldiciendo la inmensidad.

A sus pies, las ensortijadas olas arrabiadas, van a estrellarse; pero la altiva peana de piedra, inmutable ante la ira del mar, recibe gustosa la caricia de la espuma, que entra curioseando por sus hendiduras secretas produciéndole un escalofrío de nácar.

Es magnífica la vista que desde allí presenta el panorama: cielo y océano. Marcando una nota clara, se destaca al Este el balneario de V... con sus avenidas arcillosas, como hechas de una sola pieza de cobre, y sus cerros y laderas, cubiertos de verdura y flores que exhala sobre el mar brisas perfumadas.

Semejando arcosolios, ídolos de actitudes hieráticas, los arrecifes que bordean la playa toman al atardecer, con el velo de las sombras,



aspecto de lugar de aquelarre abandonado, de templos vetustos, de misteriosos arcanos, donde en tiempos muy remotos, almas fervorosas fueron a decir sus plegarias al dios del viento y de la tempestad, pidiendo protección para el náufrago exhausto y a merced de la tormenta.

Adheridas a las rocas, algas y plantas forman islotes y saturan el aire de una aromaticidad sana que abre los pulmones y hace desear el sol y la vida.

Sorprende la mirada del espectador del rojo vivo, el azul o el amarillo oro de los arriates, amorosamente cuidados, que engalanan los jardines de las villas y *chalets* edificados sobre la colina.

En dirección al puerto, una arboleda de eucaliptus balancea rítmicamente sus lánguidas ramas, y sus hojas largas, de tonos acera-dos, diríanse puñales fosforescentes.

Una hilera de acacias ha nevado de estrellas el camino que lleva a la vía férrea, y, como en los cuentos de hadas, la blanca casuca del guardavía parece hecha de dulces.

No hay en el mar buque, balandra ni embarcación alguna que distraiga la vista de la placidez esmeralda. Las olas se han vuelto tan mansas que, agonizadamente, van a lamer las arenas de la playa.

Es la hora del Angelus.

Aquerenciados con la roca, los torpes pulpos vuelven a sus guaridas crepusculares y quedan inmóviles, como gigantescas arañas violáceas, estirados sobre la piedra.

En adormilado vuelo, las gaviotas rozan apenas la superficie líquida con la punta de sus alas.

Ni un ruido humano se escucha; como si la vida se hubiese muerto con el paisaje en la falda de la montaña. Escrutando el horizonte el faro «Araucano», ha desplegado soberbiamente su cabellera de luz sobre las ondas. Y, heridas por la postrer mirada del sol, las arreboladas nubes van dejando en el cielo un reguero de sangre.

Por el norte llega calladamente la noche.

Sylvia, en busca de quietud para sus largos soliloquios, se dirigió a la enhiesta roca.

Era su refugio en los momentos que, sintiéndose extraña entre los hombres, le venía morboso deseo de soledad, de gustar la charla tranquila de la naturaleza, y evocar los muertos.

Arriba ya, en el sólido pedestal que la elevaba sobre el mar y bajo el cielo, Sylvia, con voz sonora, palpitante de emoción contenida, exclamó:

«¡Oh, naturaleza! a veces siento que de mi pecho nacen alas pujantes, capaces de penetrar tu placidez; pero la vista de ese mundo, donde

hombres o sombras se agitan, imprecán, lloran, ríen, limitan el pensamiento y hacen que esas alas se plieguen doloridas.

«Sé que mi espíritu no es luz, que es sólo el cristal iluminado por el reflejo de tu belleza soberana.

«Aunque llevo la frente alta, mirando hacia arriba, valgo menos que una brizna, que una hoja crecida en el charco; porque ellas dan su vida en ofrenda a ti, y yo sólo sé desafiarte con mis ojos humanos, henchida de orgullo, creyendo que te domino; y sólo te veo como la hormiga a la luz del sol por el estrecho agujero de su morada subterránea.

«¡Oh, naturaleza! ¡Qué dolor es ser gusano y sufrir el tormento del infinito!»!

Ceñida toda contra la roca, como si fuese un capricho de la piedra, Sylvia cayó en meditación.

La noche se deslizaba cautelosamente por la montaña; avalanchas de sombras enlutaban el valle.

El cerro de la costa, como titán cansado de mirar al cielo, inclinaba hacia los hombres su rigidez severa.

Es la hora del alma, Sylvia, extendiendo los brazos en un ansia de alcanzar la intensa emoción de la tarde, bajó hacia el mar sus ojos, cegados de luz interior. Sus labios fervorosos pronunciaron una oración al océano.

«¡Tú, mar, divino instrumento de cuerdas vibrantes, demostración absoluta de la eternidad. Tú, mar, que eres el cancionero festivo y el triste, que arrullas, que haces sufrir, que eres pérfido y sentimental.

«Tú, vengativo implacable, que sepultas en la enorme tumba de tus aguas el esfuerzo de los hombres, y en cambio te vuelves suave como una cuna y dejas que blandamente vayan a recrearse en tu superficie los pájaros de picos corvos y anchas alas.

«Tú, que llevas el color del veneno que fascina al suicida y maravilla al solitario; tú, mago de las pupilas glaucas, que bebes toda la irradiación del sol, y enamoras a la luna, haciéndola bailar sobre tus ondas como una cortesana loca.

«¡Oh, mar! Tú que siempre hablas, que aconsejas, cuando los hombres se han callado cansados de buscar, de sufrir y luchar; tú, que eres siempre joven y eterno, que das la vida y la muerte. Tú, que eres el supremo serenador de los espíritus y el instigador tormentoso del dolor.

«Tú, fuente del poeta, reflexión del sabio, asilo del triste, juguete del niño, tú serás mi esposo. Te seré fiel como el cielo y el sol, que siempre se miran en ti; como la perla, que sólo te abandona cuando la mano ambiciosa del hombre la arranca de tus fondos de oro. Seré

tu esposa ¡oh, mar! y jamás novia alguna sentirá bajo el velo nupcial estremecimientos de emoción más hondos que los míos, cuando tú, glorioso amado, empenaches mi frente con tu blanca espuma.

«Embriagada de placer entregaré la juventud de mi cuerpo al amor de tus aguas, me dejaré llevar por ellas cual gaviota confiada, y mi cabeza, como la de un caracol sonoro, estará llena de tu rugido amado.

«¡Oh, mar! Cuando sienta que mi boca cansada no pueda ya cantarte, me arrastraré hasta tus riberas, para que los hombres no te disputen el que será regio manjar para tus peces raros.

«Mi alma quedará en ti, será una barca en camino al infinito, será una flor enamorada de luz. Mi clamor se unirá al tuyo y será eterno».

La silueta de Sylvia se erguía blanca y tan frágil como humo de incienso. Su cabellera bronceada flotaba al viento, y sus ojos fulguraban como el reflejo de las estrellas sobre el mar.

Las campanas de la iglesia cercana anunciaron a Sylvia que había terminado la «hora del alma».

Pensando que su obligación era vivir entre los hombres, con paso lento retornó a la casa de sus padres.

## II

La plumilla azul de la enredadera cubre íntegramente la ventana. Al abrir los cristales inunda el antepecho, dejando caer de sus apretados racimos pétalos como lágrimas de zafiros sobre la alfombra. Por la maraña de hojas se filtran los rayos del sol moribundo, poniendo pinceladas rojas en los objetos del aposento y dibujando filigranas de oro en los espejos.

Tiene la tarde una suavidad como si manecitas de niños hubiesen formado el mundo, dejando, en la ondulación brumosa de las montañas y en la extensa placidez del valle, todo el candor de sus almas blancas.

Flota en el ambiente la quietud propicia a la abstracción. Sólo se oye el bramido alontado del mar, como encerrado entre peñascos de plata y, a intervalos, el rápido, penetrante chillido de una gaviota que cruza hendiendo los espacios, cual flecha lanzada por vigorosa mano.

En emanaciones cálidas sube del patio fresco olor a verdura recién cortada, unido al perfume de las rosas y al del tímido floripondio, que balancea sus inmensos copos blancos como

vasos de alabastro, acariciando las rejas que circundan el jardín

Duermen los queltehues (1), arrebuja la cabeza en la blanda cuna de sus alas, guardando rígida actitud, sosteniéndose en el frágil pie color de sangre.

Encantada del aire, la frondosa encina juega con sus ramas entrelazándolas amorosamente con intenciones nupciales.

Con la cabeza inclinada, el viejo jardinero cava de rodillas la tierra, echando lentamente hacia un lado las malezas y gusanillos que maltratan las plantas, molestado a veces por la insistencia de un gato negro que, enarcando el lomo, se entretiene en restregarse contra él.

La brisa hace llorar los rosales, que se desparraman en pétalos satinados sobre el césped.

Sylvia sueña y espera en el balcón; espera a su amado. Sus trenzas, cual sierpes de bronce dormidas, caen pesadamente sobre las espaldas; y hay en sus ojos y en el candor de su boca que sonrío, la beatitud seráfica de los seres que viven ausentes de la tierra.

Su espíritu, sereno como el aire de la tarde, profundo como el pozo que refleja la luna en un triángulo del jardín, guarda un éxtasis.

«... Vivir con las cosas vírgenes que los seres vulgares no han penetrado; vivir plenamente

---

1 Así se llama, en cierto país de América, al pájaro que aquí se conoce con el nombre de «teru-teru».

te en la belleza, guardando la castidad del pensamiento, buscando la excelsa magnitud que encierra el mundo hasta en sus gestos más pequeños.

«Vivir con el mar, con el cielo, con los árboles, los pájaros y los niños; vivir con la bondad del paisaje, con la superioridad resignada del animal.

«Vivir en eterna espera de un amado que no vendrá.

«¡Cuánta más intensidad hay en todo esto que en el cerebro del hombre, siempre limitado y miserable!»

Así pensaba Sylvia, y su oído atento a la música de la naturaleza, parecía deleitarse escuchando toda esa armonía desconocida para los profanos. Penetraba en su alma, cual efluvios de emoción, haciéndola estremecer como al follaje dormido los escalofríos que produce el viento de la tarde.

«Si los hombres supieran que en la castidad se halla la bondad, y que donde está la bondad está la ciencia y la sabiduría, la perfección y la serenidad; si supieran los hombres que lo sobrenatural es el país de las almas donde surge el flúido que comunica vida y esperanza, serían buenos.

«Buenos como las flores que regalan su color y su frescura al sol, porque con ello contribuyen al adorno de la naturaleza.



«Ser bueno y sufrir, porque así lo manda la vida. Pasar como un pájaro dejando sólo el recuerdo de su vuelo.»

Sylvia, oprimiéndose las sienes, miró hacia el horizonte y de todo su ser surgió esta exclamación:

«¡Cómo es posible que esta tarde sea mía, sólo mía, y que a mi alrededor nadie eleve la frente para recibir la savia que nos brinda del infinito esa enorme copa azul que fortalece y nutre el alma!

«El beso que te envió ¡oh, tierra! no manchará tu misterio ni romperá el velo de tu dulce virginidad.

«El beso que te envió será como una hoja que canta, templada por el viento; será la devoción de mi ser a tu superioridad, porque eres mi maestra y mi madre, mi recreo y mi poesía.»

El galopar de un caballo interrumpió a Sylvia en su soliloquio. Presentó a su amado, y su corazón de mujer tuvo un espasmo de sensualidad. ¡Era él, su ídolo! Él; se lo anunciaban su boca abierta a las caricias y sus manos crispadas, dispuestas al abrazo. ¡Era él! La luna sembraba de perlas el camino y vestía de sus rayos a las cosas inanimadas dándoles vida. Era él que venía, y su corazón, como pájaro cautivo, trataba de escapar de su pecho.

Allá abajo, en el estanque, los gnomos y las

hadas hacían coro a los sapitos que rezaban el rosario.

El amado, sutilizado por los rayos de plata, como los caballeros de los sueños, saludaba bajo el balcón.

Sus miradas se cruzaron, y Sylvia, arrancando las cintas que ataban sus cabellos, las deslizó por las rejas del balcón hasta ponerlas en las manos de su príncipe.

¡Adiós! Hasta mañana—gritó él. Y el ruido metálico de los cascos del corcel perdióse en la avenida con candencioso ritmo.

La luz blanca de la luna suavizaba el paisaje. El alma de Sylvia necesitaba meditar.

Cerróse la ventana, y las flores quedaron mirando a través de los cristales, como criaturas desconsoladas.

### III

—Un beso.

—Sí, Eugenio.

Ella tendió sus labios, extasiada de amor, al esposo de sus sueños. Su cuerpo se estremecía en los varoniles brazos; ondas de sensualidad envolvían su talle hasta hacerla perder el sentido.

—Sí; toda tuya.

Él la estrechaba con el poder de dueño, y de rendido, porque poseía y era el esclavo.

Sus ojos azules, de terciopelo, se iban moribundos al placer, y sus labios sangrientos de pasión bebían en los de ella el néctar de la vida, con el deleite de un ebrio.

—Mía, mía...

Sólo se oyó el crujir de las sedas y un leve quejido del lecho.

Una lucha de suspiros hizo detener a los pájaros en el balcón, que creían oír el llamado de sus hermanos, y las flores del jarrón bajaron sus cabecitas rojas de sublime rubor.

Los espejos se nublaron; las lámparas cerraron sus pupilas de luz, dejando entrar a la discreta noche.

—Ámame, amor mío. Toma mi vida.

—Tu vida, sí; tu vida con tu amor.

—Amor que es vida que triunfa, que pide, que exige; amor, felicidad, sueño, gloria...

—Morir como tú mueres, en mis brazos, es nacer al placer, es nacer a la verdadera vida...

—Amor es el perfume que anestesia y hace olvidar la rutina dolorosa.

—Lo que tú me has dado, son los espasmos sublimes, son las languideces exquisitas del que agoniza inconsciente.

—Te amo...

—Y yo te adoro y te deseo. Jamás tuve, ni en sueños, un presentimiento de amor más hondo; jamás en mis deliquios con el Sol un anuncio de aurora más plena.

.....  
Un beso se adurmió en los labios unidos de los jóvenes esposos; los fatigados cuerpos rodaron ensoñados sobre el lecho.

Allá, en la noche, un ruiseñor cobraba celos a la luna con trinos de soprano, y la luna, toda de plata, se daba a él con suavidades de novia.

#### IV

La hora dió cuatro palmadas sobre las espaldas de la noche. Un gallo lanzó al aire pletórico cocorocó, cuyos ecos repercutieron en los confines de la oscuridad.

El alba invernal asomaba su faz cadavérica y lloraba hielo en los cuadrados de la ventana; mientras el lucero, muerto de frío, parecía arrebujarse entre las brumas.

Ningún ruido humano rompía la tersa sábana del silencio; y era muy triste el tic que marcaba el ritmo en el palpitante corazón del reloj.

Sylvia pensaba, apoyada la cabeza en el sillón, dejando ir y venir su mano con acostumbrada cadencia, meciendo el cochecito donde dormían sus nenas.

La velada luz de la lámpara daba mayor intensidad al azul de sus ojeras y las sombras que ahuecaban sus mejillas, hacían resaltar

los pómulos. Sus ojos no estaban cerrados: dos lucecitas metálicas como puntas de alfiler, brillaban en el fondo, clavándose con insistencia en la ventana.

Sylvia, absorta, pensaba en su interior. Eugenio, su esposo, no llegaba; no llegaría hasta las diez de la mañana, junto con los vendedores ambulantes, escandalizando al barrio con sus gritos de beodo y sus atropellos brutales.

Eugenio no llegaría, bien lo sabía ella; pero, sin embargo, lo esperaba con el secreto anhelo de que su abnegación pudiera devolverle su amor.

Dos años ya que sufría calladamente, y su resignada sumisión tenía mucha de las ocultas tempestades que preñan de negrura las nubes para estallar luego más violentas.

¿Acaso podía ella quejarse, ella que dejó todo por seguirlo en su vida inquieta y azarosa?

Sylvia estaba abandonada. Su cabeza juvenil, que la llevó a imaginar un porvenir tan lleno de amor, tuvo una realidad desgarradora. Sus sueños se deshicieron cual volutas de humo; se fueron sus encantos, dejando en su alma un surco de piedra, que no pudieron fertilizar las lágrimas.

Tenía dos hijas, dos ángeles que quisieron ser criaturas para hacerle sentir el amor que

amansa a las leonas, y humedece la mirada del criminal.

Sus hijas eran su baluarte.

¡Cuántas noches de sobresaltos, de soledad en ese nido donde faltaba siempre el padre! ¡Cuántos sollozos ahogados entre los blondos cabellos de sus nenas!

Sylvia recordaba, con honda desesperación las ternuras de su padre que había imaginado para ellas bellezas increadas. Recordaba la santa paz del hogar donde creció entre besos y flores, como ave inconsciente del peligro y la desgracia.

—¡Oh!—se decía.—Si a los diez y seis años hubiera yo tenido la conciencia del bien y del mal; si yo hubiera presentido cuánto veneno encierra la vida, habría huído del mundo refugiándome en mis sueños como en un claustro.

Los primeros gritos de los vendedores sacaron a Sylvia de su abstracción. Dirigiéndose entonces a la ventana, cerró las persianas, después de echar una larga mirada de desconsuelo al camino, por donde solía venir su esposo.

Acercándose a sus nenas, se cercioró si estaban bien dormidas y al notar que una de las manecitas como palomito blanco reposaba fuera de la cobija, la besó con inmensa ternura, con precaución la cubrió dulcemente.

Luego se dirigió a la cocina y con prolijidad comenzó a preparar el desayuno de ellas.

Mientras sus manos iban de un sitio a otro, su boca sonreía amorosamente.

Pensaba en la carita sonrosada, en los inmensos ojos azules que brillaban como estrellas, en las boquitas ávidas, golosas, que ponían las chiquitas al despertar.

—¡Qué lindas son!—se decía—; y cómo refresca mi corazón la tibieza de sus brazos en mi cuello.

Cuando ríen, su reír me muestra algo del cielo, y cuando hablan, ¿habrá música en la tierra que emite la deliciosa armonía de su voz?

«Dame los *papos mam*» dice Mariíta, y sus piececitos impacientes se mueven como pájaros rosados, locos por volar. «*Ayeta más, Ayeta más; ligerito pé*», dice Lucita.

¡Qué belleza, Dios mío, qué belleza incomparable nos regalas en las criaturas, y cómo la frente tiene necesidad de inclinarse para adorarte en ellas!

Sylvia, olvidando por un momento los afa-nes y ya contenta de vivir, se dirigió al dormitorio. Mariíta y Luz dormían todavía; pero su sueño era ligero; se notaba en el temblor de los párpados, tan imperceptible como el de los capullos cuando van a abrirse, y en la ondulación de las cabecitas, todavía ensoñadas.

Un día gris acero se ceñía a las techumbres, dejando en los zincs y en los campanarios un vapor húmedo.

De todas partes surgían voces de hombres, mujeres y niños que pregonaban sus mercancías y los diarios de la mañana. Ese clamoreo de vida entraba como gigantesca ola en la ciudad, despertando a los habitantes que habían reposado con la conciencia y el corazón tranquilos.

Eugenio no llegó.

Rendida por el sueño y la fatiga, Sylvia se quedó dormida, vestida sobre la cama, arrullada por el parloteo de sus hijas.

El reloj de la iglesia dió las ocho.

## V

Mis hijas duermen; ¡pobrecitas!

Me he acercado a la cuna poniendo todo mi amor en los ojos, apagando el ardor de mi corazón, para no despertarlas con su latido.

Las he visto y las he sentido dormir.

El sueño es el ala misteriosa donde se acoge el alma para reposar de la vida.

El sueño es la aurora de la muerte.

Mis hijas, dormidas como pájaros entre plumas y rasos, tienen la dulzura de los claveles frescos.



Mis hijas, con sus largas pestañas que sombream sus ojeras, dándoles aspectos graves, me muestran la seriedad y la experiencia de los siglos.

Mis hijas, con sus bocas entreabiertas por la respiración tranquila, son la realidad del poema «Vida».

Mis hijas dormidas en lánguido éxtasis, jugando ensueños con sus blancas muñecas, son la albura casta y profunda de mi espíritu.

Al acercarme a sus cunas soy un alma tierna y buena; me olvido de la pena, se endulza mi amargura, y mis lágrimas de despecho se encienden como diamantes al sol.

Las cabezas de mis hijas dormidas son dos vasos místicos; desbordantes de bálsamo que se desparrama sobre mi herida de hastío y la restaña.

Y sus manos, raros caprichos de luna sobre lirios, me enseñan la indulgencia y el perdón.

Mis hijas me dan la sensación de tibieza que anima mi sangre y mi alma a una sinfonía de alegres esperanzas.

Mis hijas duermen.

¡Dormid, criaturas adoradas!

La madre vela vuestros sueños con santa serenidad.

Extraeré de vuestros destinos el veneno, atrayendo para mi corazón todos los pesares.

Mis manos arrancarán las piedras del cami-

no; y en una plegaria de inmenso amor haré que la Naturaleza las convierta en flores.

Con mis pies quebraré las púas de las espinas, y cuando vosotras recorráis la ruta que lleva a la muerte, iréis pisando blando sobre mi sangre, como en un césped cariñoso.

¡Dormid, hijas mías!

Para reposo de mi espíritu, quisiera transformar vuestras vidas en un eterno sueño.

## VI

Un vendaval feroz ha arrasado con mi vida: me lo ha quitado todo; me ha dejado sola.

En pos de locos sueños, para olvidar la realidad descarnada, he tropezado con el lobo que bajaba de la montaña y me ha comido el corazón.....

.....

Sylvia sentada a los pies de la Superiora de C., en el jardicito rústico del convento, trataba de coordinar sus ideas.

Sus quejas sólo eran interrumpidas por el clamor de una campana, llamando a los fieles, y por el rítmico volar de alguna mística paloma que abandonaba su nido hecho en los agujeros donde estuvieron las durmientes del claustro.

—Sí, madre mía—decía Sylvia.—Estoy sola, y si no hubiera encontrado en su regazo un

asilo para mi cabeza dolorida, me habría muerto recostada en el borde de cualquier camino que llevase al infinito.

¡Mis hijas, madre!

Mis hijas, a quienes no tengo ni el alivio de ver a través de las rejas.

Jamás pensé, ni en las noches de mayor sufrimiento, que tendría que soportar un dolor tan fuerte.

Hace mucho tiempo que todo lo dí por perdido, ya que habían fracasado espantosamente mis ilusiones; pero a ellas ¡jamás, madre mía!

¡Cómo imaginar que me arrancasen las entrañas y quedase viva!

¡Cómo pensar que esas hijas de mi sangre, de mi alma, de mis sacrificios, fuesen para otros, para los extraños, que no las merecen ni pueden comprenderlas!

¡Madre, madre mía!

Quiero mis hijas, mis chiquitas adoradas junto a mi corazón.

La madre C., miraba a Sylvia con infinita dulzura, y una lágrima de piadosa conmiseración nubló sus ojos serenos.

¡Qué lejos estaba ella de las pasiones del mundo, a los pies de su Amo, del Cristo!; pero qué bien las comprendía.

Con voz grave, dijo:

—Espera en Dios, hija mía, Él todo lo remedia.

Él, muchas veces puede poner en las almas elegidas de su amor, los mayores tormentos, sólo para probarlas, para saber hasta qué punto pueden resignarse.

Tú eres un alma preferida; mi Dios te quiere para algo muy grande.

Sylvia, absorta en su desesperación, miraba al cielo con sus ojos idos.

No comprendía nada.

¡Cómo era posible que existiese un Dios, y permitiera tantas y tantas aberraciones!

¡Cómo era posible!—y Sylvia, sacudiendo los hombros en un enérgico ademán de despecho, dijo:

—Para Ud., madre, sí hay Dios. Vive Ud. tranquila y lo ha encontrado en la felicidad inmutable de este claustro. Para mí no hay Dios; lo he buscado donde debe de estar, que es al lado de los que luchan en medio de las pasiones, de las ansias y miserias. Cuántas veces me eché de rodillas al lado de mis hijas y en desesperado fervor lo invocaba pidiendo su protección; que velara sobre mi hogar que amenazaba derrumbarse; que me devolviera el amor de Eugenio; que me protegiera contra las tentaciones que yo ¡ay, tan joven! no podía evitar.

Pero nada, madre mía. Ese Dios debe ser de piedra porque no penetran en su corazón los dolores del mundo.

—Silencio, hija mía—interrumpió la Superiora.—No te permito que blasfemes. El manso Cordero vino a dar su sangre por nosotros, siendo Él el rey de la creación; y tú, pobre mortal, ¿no puedes ofrendarle tus pasajeros dolores sin imprecicar? Paciencia, Sylvia; ten fe.

Y la suave Superiora, tomó la cabeza de Sylvia entre sus manos, la quitó con blandura de sus faldas y se levantó: iba a orar ante ese Dios por esta alma torturada.

Sus pasos de terciopelo se perdieron en el jardín, con raro vaivén de mariposa. Los hábitos negros volaban con la brisa, acariciando a su paso las molduras y los arbustos.

Sylvia quedó sola. Comenzaba a oscurecer.

La grave campana de bronce dió las seis.

Un desfile de hábitos oscuros cruzó como sombras el largo corredor; y el metálico sonido de los rosarios iba desgranándose como cuentas de oro en el silencio de la tarde.

Sylvia cerró los ojos y vió ante ella su porvenir.

Un sudor frío empapó sus sienes.

Jamás se dió mejor cuenta de la realidad.

Lo había perdido todo y su destino era morir entre ídolos de bronce y de cera, sin otra música que el melancólico tañido de las campanas claustrales.

¡No!—gritó—¡no!— y de su pectus se escapó un aullido de pantera.

—Estoy abandonada—se dijo—; pero yo me basto. ¡Sylvia, a vivir la vida, a escuchar por primera vez lo que te dice de ti tu propio corazón!

Y mirando a lo alto, con sus manos extendidas, como una pitonisa de los tiempos muertos, imploró la protección de su Madre Naturaleza.

## VII

Un crepúsculo desteñido amortaja mi ventana.

Las casas sufren el azote gris de la tristeza; y las gentes vagan por las calles agobiadas por un mal incomprensible.

Miro al infinito, y mi alma sondea el misterio.

¡Qué soledad dentro de mí!

Y en mi exterior, ¡qué frío es todo lo que me rodea!

Mi alcoba, desmantelada, tiene el hastío de mi vivir, el desprecio grave de quien no ama la vida.

En este mundo somos huérfanos de amor mi ser y mis cosas.

Mis pobres retratos, tan lejanos como yo de afectos.

Mis frascos que hace tanto tiempo perdieron el perfume, mis vasos que esperan con sus bo-

cas ávidas el tallo de una flor, y mis libros con sus páginas cerradas como labios bajo las tumbas.

¡Qué huérfanos mudos somos mis cosas y yo!

¡Qué extraña y honda tristeza padecemos!

Sombrío mundo de misteriosas congojas; silencio de las cosas que han enmudecido y que es más imponente que el de las cosas muertas.

¡Silencio, silencio!, necesito de ti para gustar de las bellezas; ¡cuán frívolas son las demostraciones en palabras, y cuánto vulgarizan y ahuyentan la inspiración!

El paisaje oscurecido me muestra raros fantasmas en el horizonte, como seres sin alma en un mar muerto.

La noche cae sobre mi ventana pesadamente, como una bacante ebria.

## VIII

En mi alma hay dos cunas vacías, dos cunas heladas que no pueden entibiarse ni al calor de mis besos, ni al desesperado desconsuelo de mi llanto.

Dos cunas graves como féretros, como cavidades de mármol blanco.

En mi alma hay dos puertas cerradas como dos montañas de roca, las cuales no pueden

abrir mis manos, aunque se quiebren los huesos y se desgarre la piel.

Son dos puertas lacradas por la voluntad del Destino.

En mí hay una mística tristeza que ahonda hasta el infinito, como puñal de terciopelo, que asesinara todas mis quimeras.

Hay en mi alma un pozo muerto, donde no se refleja el sol, y del que huyen los pájaros con terrores de virgen ante un misterio de cadáveres.

Mi alma es un palacio de piedra, donde habitan los ausentes, trayéndome la sombra de sus cuerpos para alivio y compañía de mi vida.

Mi alma es un campo devastado donde el rayo quemó hasta las raíces, y donde no puede florecer ni el cardo.

Mi alma es una huérfana loca, que anda de tumba en tumba buscando el amor de los muertos.

Mi alma es una flecha de oro perdida en un charco de fango.

Mi alma, mi pobre alma, es una ciega que marcha a tientas sin apoyo y sin guía.

Mi alma es una muerta errante; es el fantasma de la pena.



ANUARI

## ANUARÍ

### I

Para Anuarí: que duerme en este féretro el sueño eterno.

Para él... Anuarí mío, que nadie puede disputármelo; porque mi amor, mi amor y mi dolor, me dan derecho a poseerlo entero. Cuerpo dormido y alma radiante.

Sí, Anuarí, este libro es para ti. ¿No me lo pediste tú una tarde, tus manos en las mías, en tus ojos mis ojos, tu boca en mi boca, en íntima comunión? y yo, toda alma, te dije: Sí,—besándote hondo en medio del corazón.

¿Te acuerdas, Anuarí?

## II

Oh! ya no puedo escribir tu nombre sin que un velo de lágrimas oculte mis ojos, y un apretado nudo estrangule mi garganta.

¿Por qué te fuiste, amor? ¿Por qué?, me lo pregunto mil, dos mil veces al día. Y no acierto a hallar respuesta alguna que alivie el feroz dolor de mi alma.

Sí; ¿por qué te fuiste, Anuarí, y no me llevaste contigo?

Mirando tu retrato, con la pasión de una madre, de una novia, de una amante loca de amor, trato de arrancar de tu mirada el gran enigma que ha destrozado tu vida y la mía.

¡Ah, mi criatura! Cuando la suerte impía me arrebató esas dos hijas de mi sangre, creí que el dolor mío había roto los límites humanos. Pero no; tú has hecho que mi grito desesperado llegue hasta el mismo trono del Dios de los cristianos y los apostrofe temblando de santa y fiera indignación.

No se puede ser tan cruel con una débil criatura, sin darles fuerzas suficientes para soportar los latigazos, y abandonarla después en la agonía. Sí: tu partida silenciosa me ha dejado agonizando al borde de la infinita nada; y sola; con sed de cariño, con ansia de dormir y descansar, rendida al fin....

## III

En una de tus cartas me escribiste, una vez:

*«Per l'amor che rimane*

*«e a la vita resiste (y el nuestro resistirá, ¿verdad Teresa?)»*

*«Nulla é piú dolce e triste*

*che le cose lontane».*

Sí, Anuarí, «nulla é piú dolce e triste che le cose lontane». Y por eso te fuiste.

Esa carta la he releído otra vez, y siempre me deja una impresión desesperada, que sólo puedo traducir en sollozos.

Tus cartas, tus retratos, y las flores que han muerto sobre tu ataúd, son reliquias que guardo con avaricia enferma: ellas forman todo mi ideal, toda mi vida, y no digo mi consuelo porque éste ya no existe para mí.

Guardo también dos tornillos, que con dura e impiadosa mano pusieron en tu féretro los enterradores, tornillos que irán clavados en mi cerebro el día de mi muerte; en mi cerebro, donde llevo cincelada tu imagen profunda e inamovible, cual las grietas que han socavado los siglos en las heladas rocas.

¡Anuarí, Anuarí! Si fuera posible resucitarte, daría yo hasta mi conciencia; me resig-

naría a vivir postrada a tus pies, como una esclava, con la sola satisfacción de mirarte, de sentirte reír, con esa risa de cascada de plata; sin aspirar a otra recompensa que el sentir, por una vez solamente, el beso de tu boca en mi frente.

Anuarí, resucita! Vuelve a la tibia cuna de mis brazos, donde te cantaré, hasta convertirme en una sola nota que encierre tu nombre.

#### IV

Reposa tranquilo, Anuarí. Seré siempre tuya. He hecho de mi cuerpo un templo, donde venero tus besos y tus caricias, con la más honda adoración.

Llevo clavada, como un puñal, tu sonrisa en el punto donde se posan mis ojos; esa sonrisa con los dientes apretados, que hacían de tu boca un capullo sangriento, repleto de blancas, relucientes semillas.

Anuarí. Tu sonrisa es una obsesión destructora que mata todas mis risas, tu sonrisa provoca en mi mente la inquietud del relámpago en medio de la noche. Es veneno de nácar que destila en mi corazón hasta paralizarlo.

## V

Anuarí; te evoco dormido y te imagino dormido eterno.

Una sombra se esparce blandamente sobre mi alma, la divina sombra de tus pestañas, que formaban dos alas de aterciopelada mariposa sobre tus ojeras.

Sí, Anuarí. Una noche, la más feliz de mi vida, se durmio tu cabeza en mi hombro, y era tan íntima mi dulzura, que mi respiración se hizo una música para mecerte.

Te dormiste, criatura mía, después de haberme estrujado el cerebro y el corazón con tus labios ávidos de juventud, como una abeja lujuriosa de néctar y perfume.

Y esas sombras de tus pestañas, son las cortinas que me ocultan la luz del sol, y me llevan en vértigo confuso hacia tu grave País.

Una noche, la más feliz, la única de mi vida, se durmió tu cabeza en mi pecho, y allí encontró la delicia del sueño, y buscó la almohada eterna.

## VI

Traigo del fondo del silencio tu mirada; evoco tus ojos.... y me estremezco. Aun apagados por la muerte, me producen el efecto del rayo. No ha perecido en ellos el poder fascinador.

Son dos faros azules, que me muestran las irradiaciones magníficas del Infinito; son dos estrellas de primera magnitud, que miran hondo sobre mis penas, perforándolas y agrandando la huella, hasta abrir una brecha infinita como un mundo.

Tus ojos adorados, que fueron reflejo de esa bellísima alma tuya, viven ahora en mi mente nutridos de mi propia vida, adquiriendo brillo en la fuente inagotable de mis lágrimas.

Anuarí. Así como tus ojos me encadenaron a tu vida, ahora me arrastran a tu fosa, invitándome con tentaciones de delirio. Tus ojos son dos imanes ante un abismo. Yo siento la atracción feroz....

## VII

En la oscuridad de mi pensamiento veo surgir tu imagen envuelta en el misterio de la muerte, con la pavorosa aureola de un más allá desconocido. Te llamo, toda el alma reconcentrada en ti; te llamo y me parece que se rasgan las sombras a tu paso alado, como el de ave herida en pleno vuelo.

Cuando comprendo que no te veré jamás, una onda de angustia me sube del corazón, envolviendo mi cerebro en un vértigo de catástrofe, en un ansia de masacrar la belleza de la vida.

Eres tan fuerte y hermoso, con tu cara serena y tu frente mirando al cielo.

Anuarí. La pena no enloquece, la pena no mata; va ahondando en el alma como un cuerpo de plomo en una tembladera infinita. Asombrada escucho en las noches el eco de mi voz, que te busca aguardando una respuesta. La negra verdad me hiere con saña. ¿Acaso tu espíritu ha muerto también? ¡No; no! Cómo es posible que tanto vigor, energía de astro, vaya a perecer en el hielo eterno?



## VIII

Desde que te fuiste, mis ojos y mis oídos están acechando tu imagen.... tus pasos; están tendidos hacia la muerte en fervorosa espera de resurrección.

Y en los días grises, cuando sopla viento helado, te veo con los ojos del alma surgir blanco de tu blanco sudario, transfigurado por la serena, santa caricia de la tierra.

Y cuando el sol derrocha diamantes sobre el mundo, entonces te aspiro en todas las flores, te veo en todos los árboles, y te poseo rodando, ebria de amor, en los céspedes de yerbas olorosas.

Y cuando la luna da su humilde bendición a los hombres, te veo gigantesco, destacarte en un afilado rayo; te veo enorme, confundido con lo inmortal, desparramando sobre el mundo tu indulgencia, aliviando la desesperación de tanto naufrago dolorido; te aspiro en el ambiente, te imagino en el misterio, te extraigo de la nada.

Me parece que el mundo fué hecho para ayudarme a evocarte, y el sol, para que me sirviera de linterna en la escabrosa ruta.

## IX

Con la cabeza reclinada entre los brazos, en un afán de dormir, repito, como los niños, una oración: tu nombre.

Sí, Anuarí, tengo sueño, mucho sueño, ese mismo letárgico sopor que turbó tu alma antes de cerrar los adorados ojos para siempre.

Como una oración, desgranando sílaba por sílaba mis labios tu nombre, y mis manos se tienden desmayadas, buscando el tibio nido de tus cabellos, para esconderse y morir.

¡Anuarí, Anuarí!

Como de una fuente que hierve brotan de mi pecho las quejas y las súplicas. Todas van a perderse en el caos, sin llegar tal vez a ti.

Es horrible, y no comprendo cómo mi cuerpo no sucumbe al peso de tan ruda carga.

La vida sin ti es una tétrica cosa, que arrastro como un harapo innoble.

## X

Las horas caen como goteras de plomo en un páramo; se van a tu encuentro, y yo me quedo; me quedo sombría, taciturna, envuelta en negro hastío, como en una malla de hierro.

Dos meses hoy, criatura mía, que bajaste a

una caverna de piedra, llevándote en el corazón paralizado hasta mi deseo de llorar.

¡Ya dos meses! Sin morir ví cómo entraban tu ataúd por la puerta del Cementerio; por esa puerta con fauces de chacal, que no se abre jamás para las almas que la atraviesan dormidos.

En estos dos meses no has tenido otra caricia que aquellas tan leves y tímidas de mis flores, mis pobres flores, que son la única prueba de amor, la ofrenda santa que temblorosa de pena, mi alma deposita sobre tu cadáver.

Dos meses. Mis manos pordioseras de caricias tratan de arrancar de tu ataúd una ternura; pero la madera, avara del tesoro que encierra, se hace rígida, como un ser que no ha sufrido.

¡Nada, Anuarí mío! Sólo llegan al fondo de tu foso, muy apagadamente, como de una jauría lejana, los ruidos del mundo, el confuso vaivén de los hombres, de esas sombras movibles, que no saben de dónde vienen y para dónde van, porque tienen miedo de averiguarlo.

Dos meses hoy que te fuiste. El reloj palpita; su tic-tac pisotea mi cerebro, destruyendo mis pensamientos, con sus pasos lúgubres hacia la mentirosa Eternidad.

Dos meses, y ya no sufro de tanto sufrir.

## XI

Se mueven las cortinas y tiembla la luz. Con toda intensidad pregunto a la noche si eres tú el que anima esas cosas.

Anuarí.

De espaldas sobre mi cama, sólo el furioso golpear de mi corazón dentro del pecho.

Todo lo que me rodea está empapado de misterio. Los muebles hablan entre sí de trágicos secretos; las puertas se quejan de sus umbrales siempre enigmáticos, a la espera de alguien que nunca llega; y en la lámpara me parece adivinar una muda desesperación.

Los retratos me miran con una desgarradora expresión de pena. ¡Anuarí, Anuarí! Ya sé que mi grito se pierde sin eco en el impiadoso abismo de la nada, pero para no sucumbir no puedo dejar de llamarte, aferrada a una ilusión que no existe.

## XII

Como de costumbre, hoy fui a verte; era tu día, el día de todos los dormidos eternos. Cubrí tu ataúd de rojos claveles, e imaginé que su fragancia atravesaría las maderas e iría a darte un escalofrío de dulzura.

Con la cabeza apoyada en el féretro pensé profundamente en ti.

Una olímpica serenidad revistió de alba túnica mi alma, apagando toda su amargura.

No hubo desesperación en mi dolor.

Comprendí, amor mío, que para mí la gran puerta al infinito estaba abierta de par en par, abierta por tus manos sublimizadas.

Ví, también, que poseía alas capaces para emprender el regio vuelo del encuentro, y entonces me sentí consolada.

Ocultas en tu féretro está la llave de la gran puerta: tú la guardas en tu diestra. Cuando me agobie la lucha miserable iré a buscarla. Abriré tu mano con el beso de una madre que despierta a su hijo, y, enlazándola a la mía, marcharemos juntos hacia el sol, en busca de su bendición nupcial. Iremos, inmortales hijos de la luz, en pos de la irradiación de los astros para coronar nuestras cabezas transparentes. Marcharemos extáticos, serenos, gloriosos, como una sola llama azul del alma del Creador al son de acordes magistrales, que entonará nuestra Reina Naturaleza.

Nos deslizaremos por los límpidos espacios, sublimes de bondad, cantando un *resurrexit* eterno.

.....  
Al contacto de tu ataúd mi frente palidece y miran mis ojos en busca de la gran puerta.

## XIII

Por la noche, penetro en mi alcoba como en un templo, tan fervorosamente, que mis rodillas se doblan. Porque allí está tu retrato, mirándome con esa bondad ilimitada del perdón.

Beso el cristal helado, en el sitio que transparenta tu boca, y me regocijo en iluminar tus ojos con el reflejo de los míos, brillantes de emoción.

Juntos mis manos sobre tu frente, y en trágica conmoción del alma, imploro tu compañía, el calor de tu protección cerca de mi lecho; y en fervoroso anhelo ruego al misterio para que tienda sobre el sudario del silencio.

Hablo con tu retrato, criatura mía, derramando sobre él cosas pueriles y profundas, como si fueran flores; lloro, río y sintiéndote en mis brazos, te canto como si hubieras nacido de mí.

Y naces de mí; y para mí y en mí vives, porque para todos los demás estás muerto.

Te extraje de la sangre más noble de mi corazón y te uní a mi destino para siempre.

## XIV

Hallo cierto alivio en la monótona repetición de mis pesares, como la halla el loco en sus palabras incoherentes, en sus exaltaciones plásticas.

Te amo, Anuarí....

La tibieza de tu cuerpo ha quedado como un veneno insomne en mis miembros. Todos ellos se retuercen en convulsiones espasmódicas de delirio; claman por la caricia aguda de tu cuerpo, de tu carne joven, perfumada de primavera.

Mi boca está sedienta de lujuria. Sí, Anuarí. En contorsiones de poseída, escápanse de mí los aullidos desgarradores de mi carne y de mi corazón heridos; en los espasmos de placer y de pena, surge, entre los suspiros, tu nombre.

¡Ah! He quedado ávida de ti; ansiosa de besos tuyos.

Y ante la atracción de tu espíritu radiante. quedé ciega como si mirase al sol.

Mis labios, ávidos, aguardan entreabiertos, el néctar de tu amor.

Y el tiempo pasa, y su bálsamo de nieve no cicatriza mis llagas de fuego.

.....

El día lucía todas las deslumbradoras galas de la Primavera....

Un olímpico rayo de luz vestía las flores con túnicas de diamante.

Ante tan irónico esplendor mi corazón sintió con más fuerza tu soledad augusta, y despreciando la fastuosidad, fué a ofrecerse a ti, para que te protegieran los suaves velos de su melancolía.

Llegué a tu nicho, a tu estrecha caverna miserable, y tuve el deseo de volverme terciopelo para arroparte, envolverte en mí, para darte una impresión de amor; para que no te dieras cuenta, criatura mía, que todos te tomaban como a un objeto inservible.

No concibo el calor que anima mi vida, estando tú rígido y solo en el cementerio. Son explosiones del mal todas las felicidades que brotan fuera de esa órbita dolorosa.

Anuarí mío; todo mi cuerpo se insensibiliza al solo recuerdo de tu ausencia eterna.

## XV

Estoy enferma. Mi mano, ardiente, resbala en triste desmayo sobre los libros donde me refugio, para aturdirme y olvidar.

No trato de abrirlos, es inútil: los adivino. ¿Qué pueden decirme que sustraiga mi pensa-



miento de tu recuerdo? Sólo lograrían dejar una negra mancha de tinta en mis pupilas luminosas de tu imagen. Mi dolor se hace agónico; mi tristeza se despedaza como las túnicas de los mártires desgarradas por las fieras del circo.

Me pesan las sienes como si las oprimieran los dedos de un coloso, y como losas funerarias caen mis párpados.

¡Anuarí, Anuarí!

Las penas hacen pesada mi sangre, como si circulara por mis venas lava fría.

Estoy enferma. A mi alrededor canta la vida, impiadosa, cruel, en su inconsciencia de diosa eternamente joven y alegre.

Ese desordenado bullicio me hace pensar en la profanación de cadáveres por un saltimbanqui ebrio.

La vibración del dolor ha destruído la orquestación divina, que, en lírica unión con todas mis cuerdas íntimas, amenizaba las fiestas de mi alma.

Estoy tan triste, como una paloma a quien sorprende la tormenta, sola y fuera del nido.

## XVI

Anuarí....

Te llevé hoy un ramo de inmaculadas peonías. Al depositarlas sobre tu ataúd, me pareció que el cielo había llovido estrellas sobre él, y entonces se apoderó de mí un delirio de belleza.

Quise unir mis labios a los blancos pétalos, y el cielo de mi alma llovió besos, infinitos besos de amor sobre tu cuerpo insoñado. La dulzura de la tumba penetra en mi cerebro, como un baño de rosas, refrescándolo de sus ansias pasionales.

Purificada está mi carne por el alba castidad de las cenizas de todos los antepasados que a tu lado reposan.

Anuarí; criatura mía.

Si mi tristeza fuese siempre tan suave como para traducirla en besos y flores, bendeciría al dolor con el fervor de una iluminada; lo buscaría como el más nutritivo alimento espiritual.

Anuarí: el dolor de haberte perdido es el único lazo humano que nos une para siempre.

Yo te amo, y lo digo en las flores que esparzo sobre ti, y en mis llantos, que son vigorosos como los reflujos del mar.

De la vida a tu tumba, de tu tumba a la vida, ese es mi destino.

## XVII

Anuarí, mío.

Toda la felicidad de mis días estaba en tu ataúd, donde yo iba a recostar mi cabeza y desparramar mis flores.

En mi inmensa soledad, era esa una dulce ocupación.

Criatura, te sentía, y en mi locura de cariño, creí que nadie más que yo tenía derecho a tu cadáver.

Fué como un golpe de hierro en la cabeza, cuando al penetrar en la fosa vi que no estabas en el lecho familiar.

Y cuando buscándote como una leona busca su guarida, te encontré en un estrecho nicho, fué mi dolor tan horrible, como si te hubieras muerto por segunda vez.

Qué frío tuve! y cómo sentí en mi cuerpo el martirio de tus miembros estrechados, en esa angosta cárcel de piedra!

Allí no podré llevarte mis flores; no podré comunicarte la sensación de primavera, refrescando tu cofre con pétalos, besos y lágrimas.

## XVIII

Anuarí; dulce criatura mía, que soplas la negra vela de mi vivir hacia el paraíso de los sueños.

Grave criatura del gesto eterno, que me señalas, en augusto ademán, la ruta luminosa del Infinito.

El que hayan quitado tu féretro del alcance de mis labios, me produce la misma terrible desesperación que maltrata el corazón de una madre, a quien le arrancan la cuna donde murió su hijo.

Anuarí, mío.

Volví del cementerio ahogada en mis sollozos; mis lágrimas corrían empapándome el pecho como cuentas de un collar sin fin.

Aquí sobre mi cama, donde escribo están acompañándome seis de tus retratos; a cada uno de ellos les hablo, como si pudieran oírme.

Un humilde Cristo de acero me acompaña, y yo pongo como testigo de mi pena a ese sublime hombre.

El murió por redimir al mundo; y yo estoy agonizando por un amor inalcanzable.

Somos hermanos, estamos unidos en las únicas nobles causas de la vida; ahora nos estrechamos, en íntimo abrazo, haciéndonos

solidarios de la única verdad: la muerte. Cristo y yo nos confundimos en lo imposible.

Siento en mis manos todo el peso de mi cabeza, como si la vida de todos los seres humanos se hubiera reconcentrado en ella.

Parece un mundo sostenido por dos bloques de mármol; parece un astro en interna catástrofe.

Ya no llevarán mis manos pétalos sobre tu cuerpo, y las lágrimas, que eran rocío, inundarán como cataratas turbulentas, destruyendo las tristes, pero nobles ruinas que eran los castillos de mi alma.

## XIX

Desperté sobresaltada. El reloj dió las dos, y esas dos campanadas severas, cayeron en mi cerebro como el anuncio del juicio final.

Me levanté del lecho como se levanta un muerto de la tumba, empujada por una fuerza superior. Turbada de misterio, sin saber qué era de mí y dónde estaba, quise huir, y en mi ansiedad loca tropecé en las oscuridad con un cuerpo que al caer dió un golpe seco.

Con las manos tendidas como los tentáculos de una larva, buscaba, en medio de las sombras, algo que me indicara un rumbo; y mis ojos, desmesuradamente abiertos, querían agujerear la noche.

Mis pies no se movían, fijos estaban en el suelo, como dos pilares de bronce; una lluvia helada empapaba mi frente, goteando sobre mis senos líquido mortal.

Despavorida, temblorosa, no encontrando salida al laberinto de mi alma, quise sucumbir. En ese momento hirió mi recuerdo una belleza de mi infancia, y, como entonces, caí de rodillas. Floreció en mis labios una plegaria; una honda plegaria; a mi Dios Anuarí.

Con los párpados cerrados, los brazos en alto, en mística unción, mi alma imploró al cielo para que le diera el ansiado reposo.

Pasaron muchas horas, tantas que los vivos tonos de la aurora envolvían de rosa a mi balcón. Esa luz de la vida me hizo considerar la realidad de los acontecimientos, y entonces sólo me dí cuenta que había pasado la noche toda en delirante éxtasis ante tu retrato.

Con una sonrisa, de esas que por lo plácidas parecen inspiradas en las estrellas, me volví a mi lecho, llevando entre mis brazos la adorada reliquia.

Dormí, y me sentí dichosa. Soñé que estaba muerta y que era como tú, una sombra ideal y buena.

Anuarí. Eres feliz porque regalas a una alma las dos sensaciones de más intensa belleza: el dolor y la muerte.

Anuarí, Anuarí. Si poseyera yo una gua-

daña como aquella que tiene la muerte, me serviría de ella para decapitar todas las flores del mundo, y depositarlas como un humilde homenaje sobre la losa que te esconde.

## XX

Con paso sonámbulo llego todas las noches a mi escritorio.

Allí también está tu retrato, esparciendo sobre todas las cosas un tenue reflejo de amor.

Cuántas veces he estrujado sobre estas páginas hasta la esencia de mi espíritu, y después, en el lánguido agotamiento, he esperado, la cabeza entre las manos, el llamado alontano de tu voz, de tu voz adorada, viniendo de un más allá bruñoso, vedado para las almas que habitan todavía cuerpos mortales.....

Anuarí; vivo soñando en ti, vibrando sólo con las tremendas caricias que vienes a prodigarme mientras duermo; deleites que agotan las células de mi cerebro.

Guardo al despertar el peso de tu cuerpo, que reposó sobre mi corazón; y en mis labios el fresco roce de tu boca cálida.

Mi oído atesora, como un rumor de música la penetrante cadencia de tu voz.

Anuarí; ¿recuerdas aquellas noches de invierno largas sin estufa, cuando para engañar

al frío tú me tenías fuertemente las manos, y me contabas cuentos fantásticos de almas en pena y llegábamos hasta tener miedo del viento que estremecía las ventanas?

¡Qué felices éramos entonces, y cómo nos parecía la vida una entretención fácil y pura, como los juegos de los niños!

Y ahora que te fuiste, ¡qué gesto trágico y torvo ha tomado la mía!

Cómo he ahondado en esas tristes cosas, que solo pertenecen a los que están ya muy viejos!

Soy una niña vieja, Anuarí; mis venticuatro años me llevan a la rastra, como aplastada por un fardo de troncos. Sólo puedo, de vez en cuando, levantar mis ojos al cielo para asegurarme de que allí en el infinito hay dos manos, las tuyas, que se me tienden abiertas como dos alas.

## XXI

¡Anuarí, Anuarí! Mi boca ya no puede llamarte, sin que un desolado sollozo corte mi voz.

Anuarí, mis suspiros son como esos vientos que precipitan el encuentro de las nubes; son esas olas que van hinchándose a medida que se acercan a la playa, para reventar violentas, envolviendo de espumas a las altivas rocas.



Anuarí. Una tempestad desencadenada ruge dentro de mi ser.

Me rebelo de la vida; insulto al miserable destino, que me ha arrancado todos mis amores en capullo, cuando no había saboreado todavía su fragancia, ni me había embriagado su narcótico sublime.

Mis ojos, desmesuradamente abiertos, miran un horizonte negro. He quedado espantada en el umbral de la vida, con una gran pregunta sofocada en mis labios por el horror de la catástrofe.

Anuarí. Para llegar a ti sufriría la transformación en yerba, pájaro, animal, mar, nube, éter y, por último, pensamiento. Para llegar a ti me uniría a la secreta fuerza que inflama los vientos, y atravesaría el infinito como un meteoro, aunque sólo fuera para rozarte, como esos astros rozan la superficie del cielo.

Anuarí, Anuarí; dulzura que extasías mi cerebro, en lejanos ideales. Como la luz, he llegado a penetrar la naturaleza, a adivinar sus más pequeños gestos en este tiempo de inmensa soledad y dolor.

Y cómo perdono a los hombres todas sus caídas y debilidades!

## XXIII

Como las almas que habitan los claustros enveladas en albos o negros tules, así la mía cambia de ropaje en sus confidencias con la vida y en sus secretas tramas con la muerte.

Anuarí. Prefiero siempre el eterno caos de la verdad a la ilusión rosa de la vida. Uno me lleva a ti, el otro me aparta con sus infernales seducciones, para enfangarme en seguida en despreciables placeres.

Desde hace tres meses vivo reclusa en tu recuerdo; y mi alma se ha hecho tan liviana, que puede sostenerse en el aire como lo azul. Anuarí; los hombres me arrancan de tu lado con sus promesas de dulzura y bellezas, me tientan como Lucifer al Cristo de la Montaña. Muchas veces los he seguido para olvidar un poco la horrenda pena de tu partida; pero más valiera haber muerto a tus pies mutilada de dolor; más valiera haber visto con mis propios ojos la pudrición de mi carne, sanamente comida por los perforadores sombríos. Anuarí; ¿es que la infamia del mundo no tiene límites? ¿es el dolor tan insoportable que a los buenos los hace malos y a los malos perversos? El dolor santifica a las almas sublimes y arrastra a las inferiores.... no hay duda, Anuarí.

## XXIV

Vagando por bosques solitarios, junto a las lagunas estancadas, he pensado en toda la tristeza de esas almas, que nacen de un rayo de sol o de luna, y al mirar a su alrededor se encuentran huérfanas.

Comprendo el vicio del amor, que en un espasmo de placer nos hace creer en la nobleza; comprendo que en el beso y en la entrega de los cuerpos se busque el veneno del olvido; porque ello hace del hombre un dios y de la mujer vaso sagrado, urna depositaria de la savia, que es vida de la creación.

Anuarí; comprendo que ya muerto el dios amado, las entrañas de la amada, sin recibir la dulzura de esas perlas diluídas, se quiebren de dolor, y permanezcan tristes y solitarias, como ánforas antiguas que lloran el descuido de su dueño.

## XXV

Hoy fueron jazmines los que llevé para ti.

Albas flores de penetrante fragancia, que cual blancas mariposas se quedaron dormidas sobre la piedra.

Llovía. El agua cantaba tímidamente sobre

las baldosas y lápidas del cementerio, escu-  
rriéndose por los huecos de las tumbas, ansio-  
sa de refrescar la boca de los muertos.

Nubes negras, cargadas de poder divino es-  
tallaban ruidosas en la soledad del cielo.

Mi cabeza, inconsciente de la vida, recibía  
gustosa la caricia de la lluvia, y como un pá-  
jaro, que gustoso del baño, quedóse inmóvil  
bajo el chorrear cariñoso de las tibias gotas.  
Tú estabas allí, a la altura de mi frente. Mis  
manos posadas sobre tu ataúd, tenían una  
quietud extática, como manos de los ídolos  
indios que guardan un delicioso secreto de  
tranquilidad pensando en el Nirvana.

Tú estabas allí, guarecido de la lluvia en tu  
casita de mármol; y dormido, dormido como  
un niño que ha jugado mucho y se ha fatiga-  
do. Anuarí mío. Tu morada es muy estrecha.  
¿No harás tú un sitio pequeño donde pueda,  
también, refugiarse tu hermanita?

Pero los dormidos son muy egoístas, no se  
acuerdan de los pobres mendicantes que que-  
dan bajo las ventanas, sin más abrigo que  
la pena.

Cuando oscureció y sentí la campana que  
anuncia el cierre de las puertas del cemente-  
rio, me despedí de ti, como esa noche de  
Agosto ¿te acuerdas? en que veinte veces nos  
besamos, diciéndonos adiós; y veinte veces  
volvimos a estrecharnos sin podernos separar.

¡Oh, Anuarí! ¿cómo es que mi corazón no estalla en una tormenta análoga a la del cielo, cuando está tan ensombrecido por el dolor?

## XXVI

El hielo que se filtra despóticamente por las rasgaduras de mis ventanas, me hace tiritar.

¡Cuán hondamente pienso en ti, en tus besos suaves; y ansío la tibieza de tu cuerpo estrechamente ceñido al mío, como una cinta de piel!

Tú eras mi cariño; el rayito tenue y dorado que venía para alegrar la caverna sombría donde habita, como una bestia salvaje, mi escepticismo.

¡Cómo me sentía tuya!

¿Si tú hubieras sabido a través de qué densos velos atravesaba mi alma, para envolverte en una caricia luminosa, para contemplarte, ungida de pureza? Anuarí. La cama, la almohada, y hasta el espejo parece que guardarán tu silueta.

Donde quiera que yo mire estás tú, y respiro, y es tu olor el que me penetra; hablo, y el eco de mis palabras parece como remedo de tu voz.

Tus besos, al sembrarlos en mis labios, hicieron de mi boca un campo de trigo, y ahora, en tu ausencia eterna, esos granos, se han

vuelto flores de adoración; y tus caricias dejaron en mi cuerpo cinceladas geniales llenas de sombras y palideces de nácar que no pueden animar la vida.

Anuarí, estoy toda en ti; como tú todo en mí.

## XXVII

Frente a mis ojos, tu retrato, inclina la frente cargada de inspiración. Y yo lo miro, con el corazón rebosante de honda ternura.

Avecita mía: ¿por qué te fuiste?

Si yo sabía amarte como no encontrarás quien te ame en el paraíso.

Si yo me embriagaba de tu esencia, como no podría un ave embriagarse de las flores.

¿Para que me diste a beber en tus labios el licor de vida, si habías de abandonarme todavía sedienta?

Como una lámpara sin aceite me consumo, sintiendo todas las agonías de la pena.

Las ajorcas que adornan mis brazos suenan como el badajo de una campana muerta, y se derrumba estrepitosamente la torre de marfil de mis ensueños por donde yo veía al cielo: por donde yo te veía.

Mis ojos, mi boca, mis brazos que se retuercen como leños acariciados por el fuego, están preñados de ternuras. Pero tú no vendrás; y como un árbol que se cansó de esperar la caricia de la luna, inclinaré mi frente dolorida.

## XXVIII

Sola, entre mis papeles y mis libros, me visita todo vestido de blanco, tu recuerdo amado.

Tus manos, que al acariciar las mías fueron tan buenas, de lejos y con el gesto eterno, me causan daño.

Su aristocrática belleza me hace odiar todas las otras que se me tienden.

Sólo quiero las tuyas blancas, las tuyas que eran lirios enfermos de tristeza.

Y quiero tus ojos que persistían, fraternales, en medio del huracán apasionado de nuestras caricias... Y tu boca, que siempre tenía esa mueca de niño sabio que presentía todo, sin haber experimentado nada...

Y tu cuerpo plegable estrechado al mío en afán de muerte, y de vida...

Y tu alma, cántaro sagrado que apagaba el incendio de mis inquietudes y de mis idealismos, adormeciéndome en éxtasis de sublime sopor...

Si, tus manos, tus ojos, tu boca; tu cuerpo y tu alma; sí, todo mío, te llamo, te quiero, te quiero... Te has idoavecilla mía. Te has ido, pero tus dulces congostas quedaron acariciando mi oído.

Si hubiera sido posible morir de languidez

feliz, yo habría muerto anoche, cuando en sueño viniste a poner tus mejillas junto a las mías.

Eras suave, Anuarí. Suave como una ala de cisne sobre el agua. Eres triste como el quejido que se pierde en la montaña; eres bueno, como la luz.

Te has ido, Anuarí. Pero tu rostro pálido, de una ingenuidad infantil, quedó grabado en mi retina, acariciando mi interior.

El secreto trágico del silencio, te guarda como un murallón de roca; pero yo llegaré a ti. Mi pena me transformará en un fantasma tan sutil que atravesaré la piedra. Anuarí, te espero.

## XXIX

He apagado todas las luces, sólo he dejado en medio de la estancia, la lamparita veladora como aquella que guarda en el templo al altísimo, y que esparce mística dulzura.

La campana de la torre ha dado las doce, y todavía no percibo el ruido que hace tu espíritu, cuando llega a visitarme; no oigo todavía, el rumor de tu voz junto a mi oído, ni siento el roce de tu mano en mi mentón sumiso.

Tiemblo, temerosa de que no vengas, y de que todas mis ansias vayan a morir en deses-



peraciones dolorosas sobre mi almohada. Tiemblo, Anuarí, amor mio, dulzura mía...

Cuando te evoco hay tal pureza en mi sentir, que soy como un blanco lirio; y mi alma se vuelve una paloma que no ha ensayado aún el primer vuelo.

¿No vendrás?

Dejo caer mi cabeza sobre esa mano mía que tanto has besado y me parece más honda la tristeza del mundo, y la vida más difícil de llevar.

Anuarí! no vendrás, no vendrás; me lo dice mi pesimismo, me lo dice esa voz que me auguró tu partida y la partida de todo lo que más he amado.

No vendrás; y ya no espero el frescor de tus manos intangibles en mi frente, y me estremezco de inquietud. ¿Serán inútiles mis ruegos, inútiles los delirios de amor?

Sálvame, sálvame de la vida, del terror de mí misma, de la miseria espiritual!

Sálvame, arráncame de la tierra antes que una sombra mala me envuelva, arrastrándome al caos infernal del olvido y de la resignación.

## XXX

Anuarí. Miro en el espejo mis labios y blasfemo. ¿Por qué rara ironía están ellos tan rojos? ¿Por qué, si tú, que eras un encendedor, te has ido? Ellos deben palidecer de dolor, como mi corazón, como mis manos, que se han vuelto flores místicas de tanto implorar la muerte. ¿A quién puedo yo ofrecer mis labios sangrientos, sin dejarle, como veneno de serpe, el mortal narcótico de mi tristeza?

Tú ya no vendrás a pedirme besos.

Miro mis ojos brillantes, como hijos del sol, y los cierro asustada. No quiero su belleza... si tú no has de venir a mirarte en ellos.

Tú, que eras su luz te has extinguido como un fuego fatuo en las ondas del mar.

Anuarí, idolo mío.

Contemplo mi juventud como una rosa abierta, y desprecio la morbidez que se brinda pagana, provocadora, impúdica, desafiando a mi dolor que se esconde acongojado y tímido.

No; ya no vendrás para arrancar de mi cuerpo la nota lírica y vibrante del espasmo, el sollozo entrecortado del placer.

Anuarí, Anuarí! Plenitud de mi alma, emoción, sentimiento, causa de mi vida!

¿Podrás comprender la mutilación horrenda

de mi ser al irte tan bruscamente y para siempre?

Te haré el sacrificio de mi juventud, como una religiosa a su Dios, y será la mejor ofrenda de amor que pueda hacer a tu recuerdo.

Anuarí...

### XXXI

Viniste a mí; yo no te esperaba. No esperaba a la felicidad.

Lo había perdido todo, y todo lo encontré cuando tú me tendiste los brazos.

Tómame, te dije. Seré fiel a tu corazón, y él curará con suavidades arrobadoras las heridas profundas del mío. Viviré de ti; el resplandor de tus ojos será mi luz, esconderme confiadamente en tu pecho será mi dicha; reír, cuando vea que se apartan tus labios, por el éxtasis interior; lloraré cuando tu llores, y te amaré deliciosamente halagada por tu ternura; te amaré con todo el fuego de la eterna enamorada.

## XXXII

Mi vida es tuya, porque tú la has salvado para ti.

Me invitaste a mezclarme en la gran sinfonía de la Naturaleza, y cuanto ya el alma mía había vuelto a desear el sol, tú te fuiste como una sombra errante hacia la noche traidora.

Anuarí, la divina plegaria del amor vino a golpear mi corazón tan dulcemente como el batir de alas....

Amé el amor con la pasión de una frenética, y me aferré a él, porque hacía largo tiempo que corría desolada en su busca.

## XXXIII

Anuarí, Anuarí, ¿por qué te fuiste?

Se retuercen mis manos; blasfeman mis labios, y mis ojos se ponen fijos, fijos como esas estrellas perversas que destruyen el destino de los hombres. La oscura belleza del lírico mal tiéndese en velos armoniosos sobre mi frente, bajando hasta mi cuerpo y envolviéndolo como plegadiza alga marina.

Es el mal de la pena, de la negra pena.

Anuarí....

Frente a tu lápida ya el corazón no llora, se hiela como el mármol,

Mis flores se mueren carbonizadas por el sol, como viejecitas que han sufrido mucho.

Sólo mi cabeza es torturada cuando se inclina sobre la piedra, buscando ansiosa la caricia fría.

Cada día que pasa, es una gota que va horadando el subterráneo de mi dolor.

Cual oscilante llama mi espíritu es juguete del vendaval macabro, que silba amenazante, destructor, en los huecos abandonados de mi cerebro.

Ya no sé vivir, y vivo; y tampoco puedo morir, porque me faltan fuerzas para cerrar los ojos.

#### XXXIV

Me alejo....

Mi único desconsuelo es no poder llevar con mis propias manos flores a la tumba avara que te guarda.

Antes de irme estamparé un beso en tu frente rígida. Será como un sello de piedra sobre otra piedra.

Me voy huyendo de mí, de mi cobardía y de mis inquietudes.

No puedo morir de dolor y es más fuerte que la misma muerte la tortura moral que revoluciona mi cerebro.

Me voy como aerolito que desprendido de

una estrella se precipita en los espacios trágicos de la sangre.

Me voy, para aprender en otras penas a sufrir las mías con más entereza. Me voy, Anuarí, y te juro que hasta este momento he aguardado la resurrección. He espiado tu sueño creyéndolo leve, y huyo ahora que lo sé de mármol, Anuarí. No me importa el mundo ni la mediocre balanza que pesa mis actos; pocas son las almas que han amado, gozado y sufrido como yo.

### XXXV

Anuarí. Hasta pronto. Desde aquí mis pensamientos irán a ofrecerse a ti cruzando los mares; desde aquí vigilaré tus restos con el más inmenso y fervoroso recuerdo.

Pronto nos encontraremos, amor mío.

Mi cabeza es un abismo de dolor donde mis pensamientos ruedan, sin detenerse, como ágiles piedras.

Trato de meditar y mis cogitaciones se ahogan y ruedan como cuentas oscuras en el despeñadero de la nada.

Sólo existe una verdad tan grande como el sol: la muerte.

## ÍNDICE

	Págs.
Teresa Wilms.....	7
Páginas de diario .....	17
Con las manos juntas.....	31
Los tres Cantos: La mañana.....	37
El crepúsculo.....	40
La noche .....	44
Del diario de Sylvia.....	53
Anuarí.....	81